H.P.Blavatsky y los Maestros de Sabiduría

Annie Besant

Extraído de la revista “Sophia” (1908)

Incluye el artículo “Los Maestros y la Sociedad Teosófica”, de Annie Besant.

I

Han transcurrido dieciséis años y medio desde que Helena Petrowna Blavatsky abandonó este mundo mortal. Síguese, sin embargo, atacando su sinceridad y reputación, y hay gentes sencillas y cándidas que se apartan de la Sociedad Te osófica diciendo: «¡Oh! yo no puedo pertenecer á ella; fue fundada por Mad. Blavatsky , convicta de fraude por la Psichical Research Society. »

Los artículos que la defendieron se agotaron y han quedado en el olvido. El Dr. Hodgson, el autor de la Memoria de la S.P.R., ha llegado a tener fe en fenómenos mucho más extraordinarios que los negados en la presunción de su juventud, y se halla él mismo en ridículo, víctima de su error. La gran circulación de las inestimables obras de Mad. Blavatsky, la difusión de las ideas que se consagró á estudiar y á enseñar, el crecimientode la Sociedad Teosófica, que ella fundó según las órdenes de su Maestro y con ayuda de su colega el Coronel H.S. Olcott, y la creciente literatura publicada por sus discípulos, constituye n su verdadera defensa y la justificación de la obra de su vida. Pero no es justo que la continua crucifixión del Instructor se vea con complacencia mientras el mundo se aproveche de sus instrucciones, y que se estigmatice de fraude y de impostura á quien aportó á nuestra época verdades en vías de difusión universal. Es justo, pues, que su defensa se lleve hasta donde se ha llevado la calumnia; por esto, yo que la venero como mi primer Instructor; que guardo en mi corazón una viva é incesante gratitud por ella, porque me condujo á mi Maestro, al que sirvo desde ha dieciocho años con un reconocimiento creciente siempre, quiero recordar aquí los hechos del pasado con algunos comentarios que me parecen necesarios.

Helena Petrowna fué hija del Coronel Pedro Hahn y nieta del Teniente general Alejo Hahn von Rottenstein-Hahn; su madre fué Helena Fadeeff, hija del Consejero privado Andrés Fadeeff y de la Princesa Dolgoruki. La siguiente carta, traducida del francés, y que tengo ante mis ojos, dirigida por el Teniente mayor general R. Fadeeff al caballero A. P. Sinnett por medio del Príncipe Dondukoff-Horsanoff, Gobernador general del Cáucaso, testifica su identidad:

«Certifico por la presente que Mad. Blavacki (1), residente en la actualidad en Simla (India inglesa), es hija por parte de padre del Coronel Pedro, y nieta del Teniente general Alejo Hahn de Rottenstein-Hahn, familia noble del Mecklemburgo, establecida en Rusia; y por parte de madre, hija de Helena Fadeeff, y nieta del Consejero privado Andrés Fadeeff y de la Princesa Dolguki (2), y que es viuda del Consejero de Estado Nicéforo Blavacki, ex-Vicegobernador de la provincia de Erivan (Cáucaso).

Firmado: El Mayor general, ROSTISLAO FADEEFF

El Secretario adjunto del Ministro del Interior, CONDE IGNATIEFF, agregado del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra.

San Petersburgo. -Pequeña Morskala, 23.

18/80 Septiembre 1881. .

A este documento va unida una carta anunciando que un certificado formal del Gobierno se enviará dentro de poco.

Helena Petrowna nació en 1831, y su tía, Mad. N. A. Fadeeff, en una carta fechada en Odessa 8/20 de Mayo de 1877, testifica las maravillas que la rodearon desde la infancia. Madame Fadeeff manifiesta que por su parte se había intesesado profundamente por los fenómenos psicológicos y que aprovechó todas las ocasiones para observarlos. Añade: «Los fenómenos medianímicos producidos por los poderes de mi sobrina Helena son verdaderamente curiosos, sorprendentes y verdaderamente maravillosos; pero no son excepcionales ni únicos. Yo he oído hablar con Frecuencia y leído en los libros de espiritualismo sagrado y profano sorprendentes noticias de fenómenos semejantes á los que usted me dice; pero se trata, por lo general, de incidentes aislados ó que proceden de diversos orígenes, pero no de una fuerza reconcentrada en un solo individuo -todo un grupo de manifestaciones extraordinarias procedentes de una fuente única, como en el caso de Mad. Blavatsky-; he aquí lo que es extremadamente raro y quizás sin ejemplo. Sabía yo desde hacía tiempo que ella poseía poderes medianímicos mucho más desarrollados de lo que he conocido; pero cuando estaba aquí, esos poderes eran de un grado muy inferior al que han alcanzado ahora.

Mi sobrina Helena es un ser completamente aparte, que no puede compararse con ninguno. Como niña, como joven y como mujer ha sido siempre muy superior al ambiente para que se la apreciase en su justo valor. Recibió la educación de una hija de buena familia; fue bien enseñada, pero no del todo instruida, lo que no viene á ser lo mismo. La rara riqueza de su naturaleza intelectual, la delicadeza y vivacidad de su pensamiento, su maravillosa facilidad para comprender, adquirir y asimilarse las materias más difíciles, que en otra persona hubieran exigido laboriosos años de estudio, y lo eminentemente desarrollado de su inteligencia, junto con un carácter leal, recto, franco y enérgico, he ahí lo que la dio una superioridad intelectual tan rara, 1o que la elevó tan alto sobre el nivel ordinario de la necia mayoría de las sociedades humanas, no pudiendo evitar atraerse la atención general y, por lo tanto, la envidia y la animosidad de todos aquellos cuya vulgar inferioridad se sentía herida por el esplendor de los talentos y facultades de esta maravillosa mujer.

»Me preguntáis qué idiomas estudió. Desde su infancia, además del ruso, su idioma natal, el francés y el inglés únicamente.

Luego, tras sus viajes por Europa, adquirió un ligero conocimiento del italiano. La última vez que la vi, cuatro años más tarde, es todo lo que sabía como idiomas; estoy segura de ello, y así podéis afirmarlo. En cuanto á su erudición insondable, en la época de que hablo, cuatro años después, como he dicho, no había sombra de ella ni la menor promesa. Era culta y bien educada como una mujer de mundo, esto es, de un modo superficial. En cuanto á los estudios serios y abstractos, misterios religiosos de la antigüedad, teurgia de Alejandría, filosofías y filologías antiguas, ciencia de los jeroglíficos, hebreo, sánscrito, griego, latín, etc., no los entreveía, puedo jurarlo, ni en sueños.

No tenía ni la menor idea del A B C de tales cosas.»

Continuemos: Helena Petrowna se casó a los diez y siete años con un anciano, separándose repentinamente de su esposo al descubrir lo que era el matrimonio, y empezó á recorrer el mundo en busca de la Ciencia. En Agosto de 1851 la vemos en Londres; y allí, cerca de la Serpentina, en un hermoso rayo de luna según cuenta en su diario, «encontré al Maestro de mis sueños». Éste le dijo que ella había sido escogida para trabajar en una Sociedad, y poco tiempo después, con permiso de su padre, comenzó á prepararse en vista de su futura misión. Pasó por siete y luego diez años de pruebas de experiencia y duro trabajo.

Mad. Fadeeff vuelve á ayudarnos de nuevo. El 26 de Junio de 1884, escribía: «He escrito á Mr. Sinnett hace dos ó tres años contestando á una carta suya, y creo haberle referido lo que ocurrió á propósito de una carta que recibí de una manera fenomenal, cuando mi sobrina estaba en otro extremo del mundo, ó para decirlo de una vez, cuando nadie sabía dónde se hallaba, por lo que estábamos inquietos. Nuestras pesquisas no habían dado resultado, estábamos ya dispuestos á creerla muerta cuando -creo que esto era en 1870 ó poco después- recibí del ser que llamáis creo que Kut-Humi una carta que llegó á mis manos de la manera más incomprensible y misteriosa, en mi casa, por medio de un mensajero de figura asiática que desapareció ante mis ojos. Esta carta, en que me decía no me inquietase y me aseguraba que ella estaba bien, la tengo en mi poder, pero en Odessa. A mi regreso os la enviaré, y seré dichosísima si puedo serviros.
Permitidme decir que me es imposible creer que haya gentes bastante estúpidas para pensar que mi sobrina ó usted han inventado los hombres que llamáis Mahatmas. Ignoro si usted los conoce personalmente hace tiempo; pero mi sobrina me ha hablado de ellos, y muy explícitamente, hace años. Ella me escribió que había visto muchos y que había renovado sus relaciones con los mismos antes de publicar su Isis . ¿Por qué había de inventar semejantes personajes? ¿Con qué objeto? ¿Qué bien podrían hacerle si no existían? Vuestros enemigos no son malvados ni groseros, á mi entender, sino sencillamente idiotas si os acusan de tal cosa. Yo, que espero ser ferviente cristiana hasta la muerte, creo en la existencia de esos hombres, sin creer, no obstante, en todos los milagros que se les atribuye. ¿Por qué los demás no han de creer en ellos? Puedo, además, certificar la existencia de uno de ellos, por lo menos. ¿Quién hubiera podido escribirme para tranquilizarme en el preciso momento en que tenía necesidad de ello sino uno de esos adeptos de que se habla? Es cierto que no conozco la escritura, pero la manera como me fue remitido el mensaje fue tan fenomenal, que nadie sino un adepto de la ciencia oculta pudiera hacerlo. Me prometió el regreso de mi sobrina y esa promesa se realizó. De todos modos os la enviaré dentro de quince días y la recibiréis en Londres.»
La carta fue enviada efectivamente diez días después con una nota de Mad. Fadeeff. Estaba escrita en papel de arroz, de China, montada sobre ese papel cristalino hecho á mano que se encuentra en Cachemira y el Pendjab, dentro de un sobre del mismo papel. Su dirección era: *A la honorable y honorabilísima señora Nadejka Andrievna Fadeeff. Odessa.* En un ángulo lleva la mención siguiente, escrita con lápiz, en ruso, de mano de Mad. Fadeeff: *Recibido en Odessa el 7 de Noviembre, á propósito de Lelinka* (nombre familiar de H.P.B.), *probablemente del Tibet, 11 Noviembre 1870. Nadejka F.* La nota dice: "Los nobles parientes de Mad. Blavatsky no tienen por qué lamentarse. Su hija y sobrina no ha abandonado el mundo. Vive y desea hacer saber á los que ama que está bien y se encuentra muy dichosa en el lejano y desconocido retiro que ha escogido. . . Tranquilícense los señores de su familia. Antes de diez y ocho lunas nuevas regresará." La carta y el sobre son de escritura conocida ahora como del mahatma K. H. (3).
Los siguientes datos se han tomado de una hoja de papel encontrada en Adyar, con una escritura que no conozco y sin firma. Los doy por lo que puedan valer:
«En 1848, inmediatamente después de su matrimonio, dejó el Cáucaso y fue a Egipto, viajando con la Condesa Kiseleff. Visitó Atenas, Smirna y el Asia Menor, é hizo una primer tentativa para entrar en el Tibet, pero sin éxito. En 1853, en la época de la visita de la embajada nepalesa á Londres (en 1851 más bien, según su diario) estaba en Londres y encontró allí á su Maestro.
De allí fue a América del Sur, y por las islas del Pacífico, se dirigió a la India, intentando por segunda vez penetrar en el Tíbet, también sin lograrlo. Regresó a Inglaterra por la vía China-Japón-América hacia 1853. Hizo entonces un viaje á los

Estados Unidos y á la América Central, regresando á Inglaterra en 1855 ó 1856. De allí volvió á la India, por Egipto, y precisamente antes de la revuelta de los cipayos, hizo su tercera é inútil tentativa de penetrar en el Tíbet. Desapareció luego y reapareció más tarde en Rusia, á fines de 1858 ó comienzos de 1859. Estuvo en Tiflis de 1861 á 1863; pasó á Egipto, y de allí á Persia, y atravesando el Asia Central, penetró en el Tíbet hacia 1864. En 1866 hizo una corta visita á Italia; regresó á la India entrando en el Norte, hacia los montes Kumlum, el lago Palté y el Tíbet.

Regresó á Odessa por la vía Egipto y Grecia en 1872. En 1872, según el Theosophist Mad. Blavatsky naufragó, y aguardando una remesa de dinero de Rusia, recibió ayuda y abrigo en casa de gentes que debían luego hacerle mucho daño: los Coulomb, que tenían entonces un hotel en El Cairo, en Egipto.

Mad. Coulomb, que parecía haber sido médium, se interesó por Mad. Blavatsky. Sus relaciones fueron muy breves, porque en seguida salió para Rusia, Francia y América, conociendo en este último país al Coronel Olcott, con quien fundó el 10 de Noviembre de 1875, para obedecer las órdenes que había recibido, la Sociedad Teosófica. La historia de esta época se puede leer en Old Diary Leaves (4), del Coronel Olcott, donde se da cuenta de los poderes y fenómenos maravillosos de que estaba rodeada. De América, los dos fundadores fueron á la India y fijaron por algún tiempo su cuartel general en Bombay.

Allí, Mad. Blavatsky recibió una carta de Mad. Coulomb, fechada el 10 de Junio de 1879, refiriéndola los reveses que había sufrido, pidiendo le prestase 200 rupias (5). A fines de la primavera de 1880 ella y su marido llegaron á Bombay en la mayor miseria. Mad. Blavatsky se apiadó de ellos, les socorrió y les estableció luego en el cuartel general de Adyar, empleando a Mr. Coulomb como bibliotecario y hombre para todo – pues la biblioteca estaba sin hacer-, y a su esposa como ama de llaves.

II

La obra de Mad. Blavatsky y del Coronel Olcott en la India es bien conocida. Las mismas maravillas que en América la rodearon en la India, y su maravillosa intuición de las verdades que forman la base de todas las religiones y su intenso amor por aquel país «la patria de mi Maestro» atrajeron en torno de ella á las clases cultas del país. Aquí también el libro Old Diary Leaves puede leerse por los que deseen convencerse de la fuerza extraordinaria y de la extensión de sus poderes ocultos.

Sus brillantes artículos en el Theosophist testifican su ciencia y las frecuentes apariciones de los Maestros, sus comunicaciones con ellos y con los que la rodeaban, fueron bien notorias.

Mr. Sinnett, en su Mundo Oculto, ha referido sus propias experiencias y las del círculo que tenía. Quizás el mayor de todos esos fenómenos fue, sin duda, el cambio operado en ese anglo-indio escéptico, el editor del Pioneer, que por su contacto con el Maestro K.H. por medio de Mad. Blavatsky, llegó á ser su fidelísimo y leal discípulo, á cuyo constante servicio estuvo a través de todas las vicisitudes (6).

Si la evidencia humana ha podido alguna vez establecer un hecho, el de la aparición de los Maestros y el de la comunicación de ellos, recibida durante esos años, está fuera de duda.

Escojamos algunos al azar. Mr. S. Ramasvamier, funcionario público, en 1ro de Diciembre de 1881 dio a Mad. Blavatsky una carta bajo sobre, paseando luego con ella el Coronel Olcott y Damodar. Al regresar á casa, vieron todos, apoyado en el balcón, un hombre en quien el Coronel y Damodar reconocieron al Maestro de Mad. Blavastky. Este alzó la mano y dejó caer una carta. Era la respuesta, escrita en caracteres tibetanos, á la misiva de Mr. Ramasvamier, quien certifica con fecha de 28 de Diciembre de 1881 que no perdió de vista ni un instante á Mad. Blavatsky, desde el momento en que le remitió su carta hasta aquel en que vio a aquel personaje dejar caer su contestación (7).

Los señores Scott, -el Sr. Scott era un funcionario civil de la India que ascendió inmediatamente á Comisario judicial del Ude -el Coronel Olcott, Mad. Blavatsky, Mr. M. Murad, Alí Beg, Mr. Damodar K., Mr. Mavalankar y el pandit bhavani Shankar, estaban juntamente sentados cerca del balcón, desde donde veían la biblioteca, en parte obscura, y más allá una habitación claramente iluminada. Mr. Scott vió un hombre en quien reconoció, según su retrato, al Maestro M. que andaba en el cuarto. Se dirigió hacia una mesa y encontró en seguida una carta de letra conocida (8). Con fecha 30 de Septiembre de 1881, escribe el Coronel Olcott: «Este mismo hermano me visitó una vez en Bombay , en carne y hueso, viniendo de día y á caballo. Me llamó por un criado en la antesala del bengalow de H. P. B. (que estaba entonces en otro bungalow, donde hablaba con las personas presentes. Vino á reprenderme duramente por una cosa que había hecho respecto de la S.T., y como Mad. Blavatsky era también reprensible, la telegrafió que viniese, es decir, se volvió hacia la dirección en que ella estaba y extendió la mano. H. P. B. acudió inmediatamente, y al verle cayó de rodillas, pagándole un tributo de reverencia. Su voz y la mía fueron oídas por las demás personas que estaban en el otro bungalow, pero H. P. B. , y y el criado, fuimos los únicos que le vieron. Otra vez estando dos ó tres personas sentadas en la veranda de mi bengalow, en Girgaum, vieron llegar á un caballero hindo, jinete en un caballo, descender en el vestíbulo de H.P.B. y entrar en su despacho. Me llamaron y fuí a custodiar el caballo hasta que el visitante salió, montó y se puso en marcha. Aquel hombre era también un hermano en carne y hueso» (9).

En aquel tiempo los esposos Coulomb vivían en el Cuartel general de Bombay. Mad. Coulomb, como espiritista, no era escéptica en cuanto á la realidad de los fenómenos,

pero cristiana fanática y supersticiosa., creíalos, por su conexión con los pa ganos, obra del diablo. Mr. Martandrao E. Nagnath, que trató desde 1879 á 1889 en Bombay á los fundadores, recuerda los casos en que vió á «los hermanos, generalmente invisibles, de la primera sección de la Sociedad Teosófica». (Es de advertir que en los comienzos los Maestros pertenecían á la primera de las tres secciones en que estaba dividida la Sociedad.)

En 1881 habló en compañía de tres hermanos teósofos con Mad. Blavatsky, y Mad. Coulomb también estaba presente cuando distinguieron al Maestro K. H. á unos ocho ó diez metros de distancia. Llevaba una especie de toga ó de capa flotante, tenía la barba y el cabello ondulados; se formó gradualmente, por decir lo así, delante de un arbusto ó de un grupo de árboles, á unos veinte ó treinta metros de nosotros, irguiéndose por fin en toda su altura. Mad. Blavatsky hizo ante nosotros esta pregunta á Mad. Coulomb: «¿Es un diablo este buen hermano?». Porque Mad. Coulomb tenía la costumbre de decir y de creer que se asustaba cuando veía á los hermanos. Y respondió: "No, este es un hombre. Dejó ver su forma completa durante dos ó tres minutos y desapareció poco á poco hundiéndose en el zarzal."

Esta declaración, q ue se halla en la noticia de otros di versos fenómenos, está fechada en Bombay el 14 de Febrero de 1882 (10). Está confirmada también por el pandit Bhavani Shankar (11).

Luego que el Cuartel general de la Sociedad fué trasladado a Adyar, cerca de Madrás, el 30 de Diciembre de 1882, las apariciones de los Maestros se efectuaron con más frecuencia. Era una costumbre familiar para los trabajadores el reunirse por la noche en la terraza, donde de cuando en cuando un Maestro que se hacía visible, hablaba con ellos y les instruía. Sobre este particular Mr. C. W. Leadbeater, que trabajaba para la sociedad en Adyar y en otros lugares de la India y de Ceylán, de 1884 á 1888 escribe lo siguiente: «Tengo la satisfacción de asegurar que en muchas ocasiones he visto aparecer á los Maestros en forma materializada en el Cuartel general de Adyar. En semejantes condiciones he visto al Maestro M. K. H., al Maestro D. K., y á otro miembro también de la Confraternidad y á uno ó dos discípulos que actuaban como mensajeros. Esas apariciones se efectuaban á veces en la terraza del edificio principal, á veces en mi propio cuarto, cerca de la ribera, y muchísimas veces en el jardín. Las materializaciones duraban frecuentemente unos veinte minutos y en dos ocasiones duraron hasta cerca de media hora.»

Esas apariciones de los Maestros, sin embargo, no estaban reservadas exclusivamente á los cuarteles generales de Bombay y de Madrás.

Mr. T. Brown dice lo que sigue en su obra My Experiences in India: «Lahore es especialmente interesante, porque en él hemos visto, en su propio cuerpo físico, al Mahatma Kut-Humi en persona. En el mediodía del 19 de Noviembre vi al Maestro con toda claridad y le reconocí, y en la mañana del día 20 entró en mi tienda y me dijo: «Ahora que me tiene usted ante sí, corporalmente, mire y asegúrese de que soy yo.» Me dejó una carta con instrucciones y un pañuelo de seda que poseo todavía. La carta está escrita como es costumbre, con lápiz azul, y es de la misma mano que las comunicaciones recibidas en Madrás. Una docena de personas han reconocido esta escritura, como la del Mahatma Kut-Humi. En su carta me indicaba que le había visto primeramente en mis sueños, luego en forma astral, después corporalmente á distancia y que, en fin, le veía ahora en su propio cuerpo físico, cerca de mí para que pudiese asegurar á todos mis compatriotas mi conocimiento personal con él y asegurar la existencia de los Mahatmas como la mía. La carta es de un carácter privado, y no puedo citar sino esos pasajes. La noche del 21 el Coronel Olcott, Damodar y yo nos hallábamos sentados fuera del schamiana, cuando recibimos la visita de. . . (el chela

principal del Maestro, ahora un iniciado) que nos dijo que el Maestro iba á venir. El Maestro vino, en efecto, en seguida, dió algunas instrucciones á Damodar y se marchó (12).

Sobre esta visita á Lahore, en Noviembre de 1883, Damodar mismo da muchos detalles. Dice á propósito del Mahatma Kut-Humi: «Allí recibí yo su visita corporal durante tres noches seguidas y cerca de tres horas cada una, guardando perfecta conciencia de ello. Fuí también una vez delante de él fuera de la casa. El que yo vi en persona en Lahore era el mismo que vi en forma astral en el Cuartel general de la Sociedad Teosófica, y el mismo también que vi en las visiones y éxtasis, en su casa, á millares de millas de distancia, y á quien pude alcanzar en Ego astral, gracias, naturalmente, á su ayuda y protección directa. En esas circunstancias, con mis poderes psíquicos poco desarrollados aún, le vi siempre bajo una forma bastante vaga; sin embargo, sus rasgos se distinguieron perrectamente, y su recuerdo lo tenía profundamente grabado en la retina y en la memoria de mi alma. Ahora actualmente, en Lahore, en Jammu, la impresión ha sido completamente distinta. En los casos anteriores, cuando le hacía el pranan (saludo), mis manos pasaban al través de su forma, mientras que luego tropezaba con su cuerpo y sus vestidos. Aquí he visto ante mí un hombre vivo, con los mismos rasgos, aunque de un aspecto genera] , y de una actitud más imponente que el que había frecuentemente contemplado en los retratos que poseen Mad. Blavatsky y Mr. Sinnett. No quiero insistir aquí sobre el hecho de que haya sido visto corporalmente, así como por el Coronel Olcott y Mr. Brown, separadamente, porque pueden hacerlo cada uno por sí, si lo juzgan conveniente. En Jammu también, donde fuimos al dejar Lahore, Mr. Brown le vió á la tercer noche de nuestra llegada, recibiendo de él una carta con su escritura tan conocida. No hablo de las visitas que me ha hecho casi todos los días, y casi todo el mundo en Jammu sabe lo que ocurrió á 18, mañana siguiente. De hecho yo tuve la buena suerte de que me llamaran, que se me permitiera visitar un ashrama sagrado, donde estuve algunos días en la santa compañía de muchísimos mahatmas del Himavat y de sus discípulos. Encontré allí, no solamente al que es mi amadísimo gurudeva y al Maestro del Coronel Olcott, sino á muchísimos miembros de la fraternidad, incluso uno de los más elevados. Deploro que el carácter extremadamente personal de mi visita á esas regiones, me impida hablar de ello. Me bastará con decir que el lugar que se me permitió visitar está en el Himalaya, y no es un paraíso fantástico; que vi á mi Maestro en su propio sthula sharira (cuerpo físico), y que le encontré idéntico á la forma en que le viera en los comienzos de mi chelado. Vi á mi queridísimo gurú, no sólo como un hombre vivo, sino actualmente joven en comparación con otros sadhus de la santa compañía, y más amable, no desdeñando la conversación ni el mostrarse contento. Así al segundo día de mi llegada, después de comer, pude hablar durante una hora con mi Maestro. Como me preguntara por qué le miraba con un aire tan perplejo, le pregunté á mi vez: “¿Cómo es, Maestro, que á algunos de los miembros de nuestra Sociedad se les ha metido en la cabeza que érais un hombre de edad y que os hayan visto por clarividencia como un viejo de sesenta años?” Sonrió agradablemente y me dijo que ese error se debía á los relatos de un cierto brahmachari, discípulo de un svami vedantino de las provincias del Noroeste, que el año anterior había encontrado en el Tíbet al jefe de una secta, un lama bastante viejo, viajando en aquel tiempo en compañía de mi Maestro. El brahmachari en cuestión refirió en la India ese encuentro, dando lugar á que muchas gentes confundiesen al lama con él mismo. En cuanto á ser percibido por clarividencia bajo la forma de un hombre de edad, eso era perfectamente imposible, añadió: «La verdadera clarividencia jamás puede inducir á una persona á un error semejante; me respondió luego dulcemente por conceder importancia á la edad de un gurú,

añadiendo que las apariencias son con frecuencia engañadoras, etcétera, y explicó luego otros puntos". (13).

El pandit Bhavani Shankar cuenta que mientras viajaba por el Norte, en la primavera de 1884, el Mahatma M. fué visto por Mr. Nivaran Chandra Mukerfi y por él mismo en su cuerpo astral en la reunión de una rama, y añade: «Yo he visto a este Mahatma, es decir, al Maestro de Mad. Blavatsky muchas veces, en su doble, en el curso de mis viajes por el Norte. No ha sido únicamente al Maestro de Mad. Blavatsky al que he visto en su doble, sino también á mi venerado gurudeva K.H. He visto también á mi Maestro, en su cuerpo físico, y le he reconocido". (14)

Mr. Mohini M. Chatterji escribía el 30 de Septiembre de 1884: «Para un brahman, como para mí, no repugna el hablar de la relación confidencial y sagrada que hay entre un maestro espiritual y su discípulo. Sin embargo, en esta circunstancia, el deber me obliga decir que he tenido personalmente conocimiento de la existencia del Mahatma que ha correspondido con mister Sinnett, y que es conocido en el mundo occidental bajo el nombre de Kut-Humi. He conocido al Mahatma en cuestión, antes de conocer á Mad. Blavatsky, y le he encontrado personalmente, cuando pasaba por la provincia de Madrás, de camino para China» (15).

Mr. S. Ramasvamier, yendo para el Tíbet en busca de su gurú, encontró en el camino de Sikkim «un jinete solitario -dice- que galopaba hacia mí en sentido contrario. Aproximándose él retuvo sus riendas. Le miré y le reconocí instantáneamente. Estaba en presencia de ese mismo Mahatma, mi venerado gurú, que viera antes en su cuerpo astral, en el balcón del Cuartel general de la SocieGad Teosófica. Era el mismo que en la memorable noche del 1ro de Diciembre había dejado caer una carta en respuesta á la que le dí bajo sobre una hora antes á Mad. Blavatsky, á quien no perdí de vista un solo instante en el intervalo... Estaba, en fin, frente á frente del Mahatma del Himavat; no era un mito, ni una creación de la fantasía. No era noche; serían las nueve o las diez de la mañana. Mi dicha me dejó mudo» (16).

Mr. Casava Pillai, también, cerca de Sikkim, «vió los Mahatmas en sus cuerpos físicos, y los encontró idénticos á los que viera en sus sueños y visiones, ó en forma astral como ha sido dicho antes (en Bombay)" (17). He aquí, pues, un buen número de testigos independientes, que afirman haber encontrado esos mismos maestros en carne.

Dejando á un lado sus manifestaciones directas, voy, entre las numerosas comunicaciones recibidas de ellos de una manera suprafísica, á escoger algunas á título de ejemplos. El 2 de Febrero de 1882, en Bombay, el honorable J. Smith, miembro del Consejo legislativo de Nueva Gales del Sur, profesor de la Universidad de Sidney, entró en su cuarto en compañía de Madame Blavatsky; entró primeramente solo y seguro de que todo estaba como de costumbre; se sentaron y al poco tiempo «tomó ella mis manos entre las suyas. Al cabo de unos momentos cayó una carta á mis pies, me parece que apareció primeramente poco más arriba de mi cabeza. Al abrir el sobre encontré una hoja de papel escrito con el membrete del Gobierno de las provincias del Noroeste y de Uda, y las palabras siguientes escritas con lápiz rojo, con la misma escritura exactamente que las cartas del día anterior: No pudiendo escribiros fuera de vuestras cartas, puedo hacerlo directamente. Trabajad por nosotros en Australia, y no nos mostraremos ingratos, probaremos nuestra existencia actual y nos lo agradeceréis. El examen imparcial de las circunstancias excluye, á mi parecer, toda teoría de fraude. J. SMITH». El Profesor Smith, en una carta dirigida. luego desde Niza á Mad. Blavastky, con fecha del 31 de Enero de 1883, da cuenta de una comunicación recibida por él: «Creeréis que mi carta á M. ha sido inútil, pero permitidme ahora exponeros los hechos. Recordaréis que terminabais vuestra carta con una posdata, diciéndome no me enojase contra el Hermano. Pero he encontrado esa posdata seguida de algunas palabras

con tinta roja, de escritura de M., diciendo que nuestro consejo era gentilísimo é indulgente. Fuera de nuestra carta había un sobre raramente cerrado y con goma, con mi dirección en rojo. Cuando lo abrí encontré mi propia nota á M., absolutamente intacta. Mi mujer, que le había cosido, y otras señoras á quienes le había mostrado, me dijeron que la costura no se había descosido. Hube de creer que la recibí tal como la había mandado, pero al abrirla, cuál no sería mi sorpresa y la de los demás al sacar un pedazo de papel chino con un curioso dibujo arriba, y en el margen, y alrededor, con escritura roja, la signatura ó mejor el criptograma de M. La frase comenzaba así: *Vuestras señoras, á lo que veo, son escépticas, y mejores costureras que nuestras muchachitas hindas y tibetanas, etc*. Para mi mujer y para mí la prueba es tan satisfactoria como lisonjera y sorprendente. ¿Cómo ese papel chino ha podido penetrar en mi nota? Por ninguno de los medios comunes á los mortales ordinarios, desde luego. Yo no pretendí esperar nada tan concluyente cuando incluí en mi carta la nota para M ., y le estoy reconocidísimo. Esto me anima para unir en la presente otra nota para él, esperando recibir una respuesta; no hago una prueba y pido solamente indicaciones. Sin embargo, si él juzga á este propósito, darme de buen grado una prueba adicional de sus poderes milagrosos (así merece llamarse este hecho, según nuestras ideas corrientes de la materia) me proporcionará un gran placer. Estoy cada vez más disgustado de no haber permanecido con usted una semana más, para tener ocasión de ver á M., y quizás de conocerle personalmente. Hablando de la desaparición de mi nota para M. , dice usted: «Á todas mis preguntas no he recibido sino una respuesta, ocupáos de vuestros asuntos, etc. » ¿De qué manera se habían hecho estas preguntas? ¿Por simples impresiones mentales, ó en conversaciones reales con el doble ó la proyección de M.? ¿Sabéis por qué M. ha tomado la carta que os he dirigido con la nota para él (suponiendo que la haya cogido)? ,porque de hecho vuestra respuesta y su propia comunicación para mí se han retardado muchísimo... Mi mujer me ruega os envíe sus respetos. Espera veros de un día á, otro. Confiais, me decís, en que ella tendrá para entonces más fe que ahora, pero creo haberos dicho que añade fe á los hechos bajo el nombre de espiritismo, y ahora está completamente satisfecha de esa prueba enviada por M. , estando segura que por ningún medio conocido ese pedazo de papel chino podía incluirse en la nota que ella había cosido. »

Tengo entre mis manos muchas cartas enviadas por los maestros durante esos años. Unas trazadas sobre la carta que pide una respuesta, y otras, independientes. Han llegado de diferente manera por el correo, por la aparición súbita sobre una mesa, en un cajón, por el aire, etc. El 10 de Febrero de 1882 se vió caer una carta perpendicularmente sobre el suelo, á diez pasos de la silla de Mad. Blavatsky, y á siete pasos del grupo que la vió caer. Otra cayó en un vagón del ferrocarril, ocupado por Mad. Blavatsky, el matrimonio Oakley y Mr. Leadbeater, reprendiéndola por lo que hacía en ese momento. Los ejemplos son innumerables. Esta distribución fenomenal de las cartas no estaba confinada á la inmediata vecindad de Mad. Blavatsky.

El Dr. Hartmann cuenta que teniendo en una ocasión necesidad de un par de pinzas, «me acordé de pronto que las tenía en un cajón de mi mesa de trabajo, y descendí á mi cuarto para buscarlas. Abrí el cajón y hallé en él las pinzas y otros objetos, pero ni el menor rastro de carta, pues yo había cogido mis papeles anteriormente para colocar los luego. Cogí las pinzas y me disponía á cerrar el cajón cuando... vi dentro del cajón un gran sobre dirigido á mí, con la escritura tan conocida del Maestro, sellada con el sello de sus iniciales en caracteres tibetanos. Al abrirla encontré una larga epístola, muy amable, tratando precisamente de los asuntos que acababa de tratar con Mad. Blavatsky (18), dándome además una respuesta detallada y satisfactoria al problema que tanto había embargado mi ánimo, con una explicación satisfactoria sobre ciertos asuntos que

me habían preocupado seriamente, pero de los que nada había dicho á nadie. Había también en el mismo sobre una fotografía del Maestro, de tamaño de álbum, con una dedicatoria para mí. Ahora bien, si tengo alguna. cosa por segura en este mundo, es que mi cajó n no contenía esa carta cuando lo abrí, y que no había ninguna persona visible en aquel momento en mi cuarto. La carta fue respondía detalladamente á mi prob1ema, hubo de escribirse, cerrarse y ponerla dentro del cajón en menos de cuatro minutos, exactamente los mismos que necesité para copiarla al otro día. Para terminar; trataba de un problema dificilísimo, y de un modo tan consciente, al mismo tiempo como conciso, que sólo una inteligencia muy elevada hubiera podido hacerlo (5 de Febrero de 1884) (19).

El 17 de Marzo de 1884 Mr. Navatram Oatararn Trivedi, hallándose en el Cuartel general de Adyar, escribió algunas preguntas sobre una hoja de papel. «Querían que Damodar respondiese á estas preguntas, pero él no reparó en ello. Al mediodía me senté en la mesa teniendo frente á mí á Mr. Damodar. Este estaba en la mesa más bajo que yo. Con el papel puesto en la mesa releía yo para mí mis preguntas. Después de unos minutos, mientras yo hablaba con Damodar, desapareció el papel. Me dí cuenta de ello, y sin decirlo, continúe hablando. Después de unos instantes encontramos en el suelo un sobre. Llevaba mi dirección, y al abrirle encontré mi propia lista de preguntas cubierta con escritura de lápiz azul. Las respuestas eran completas y debieron escribirse mirando á cada una de aquéllas. La escritura era la del Mahatma Kut-Humi.

Mad. Blavatsky y el Coronel Olcott no estaban entonces en Adyar, viajaban por Europa, y se encontraban probablemente en París» (20).

Mr. K. Casava Pillai dice: «En 1882 viajaba yo por el camino de hierro entre Allahabad y Magal-Seraí, cuando cayó una carta en el vagón donde yo iba. Estaba solo en el coche y el tren corría. Yo había deseado que el Mahatma Kut-Humi me diese instrucciones sobre cierto asunto en el que entonces pensaba; al abrir la carta encontré la respuesta á mis pensamientos, con letra del Mahatma Kut-Humi, que yo conozco. Madame Blavatsky estaba entonces en Bombay» (21).

Como Mad. Blavatsky, había escrito al margen de un relato semejante: ¿Quién es el impostor aquí?

Durante la estancia del pandit Bhauani Schankar en casa de Mr. Sinnett, en Allahabad, en Marzo de 1882, Mad. Blavatsky estaba en Bombay. Una noche, Mr, Sinnett le dió una nota dirigida al Mahatma K. H. El pandit metió la carta debajo de su almohada, cerró las puertas, encendió su lámpara y se encontró solo. A eso de las diez ó las once vió astral mente á su maestro, que le cogió la carta. Por la mañana encontró la respuesta bajo la almohada, dirigida á Mr. Sinnett, y se la remitió. En 8 de Noviembre de 1883, en Bareilly, el pandit Bhavani hablaba con un amigo europeo. Llevaba á la bandolera un saco de despacho, y durante la conversación recibió en el interior del saco una carta de su maestro en un sobre chino (22).

Damodar cuenta la historia de diversas cartas recibidas por él estando muy separado de Mad. Blavatsky. Á fines de 1880, algunos días después de la marcha de Mad. Blavatsky, recibió en el Cuartel general una carta de su padre sobre asuntos de familia que le hizo reflexionar bastante. Escribió la decisión que había tomado, confiando que los Mahatmas escribirían debajo si tenía razón ó no, y la cerró con llave en un cajón de su mesa; reflexionando luego que él se engañaba, pues se advertiría de ello, abrió el cajón y rasgó la carta. Al día siguiente encontró en el cajón una carta de su maestro escrita en hindo. En 21 de Agosto de 1881 estaba en Bombay, en el Cuartel general. El Coronel Olcott en Ceylán y Mad. Blavatsky en Simla. Una noche estaba sentado al borde del lecho, profundamente abatido á causa de enojo por disgustos de familia, y vió sobre la mesilla que tenía delante aparecer una carta y comprobó que venía de su

maestro. En 1882 Mad. Blavatsky estaba en Darjilinj, él estaba sentado en el balcón rumiando una idea. En aquel momento no estaba solo, Mr. Coulomb estaba allí. En el instante en que este último encendió un cigarro, Damodar sintió un ligero choque eléctrico, y vió una carta á sus pies. Era una respuesta á su pensamiento de entonces, y al mismo tiempo cierto número de indicaciones para transmitir á un hermano teósofo. Durante una ausencia de Mad. Blavatsky, que se encontraba en Ootacamnnd, en Julio de 1883, se recibieron diversas cartas en el tabernáculo de Adyar. Damodar las depositaba en él y recogía las respuestas. Recibió también cartas de letra muy conocida antes y después de la llegada de los Coulomb, lejos del Cuartel general, así como dentro de él, y no otras escritas sobre las cartas de extranjeros, distribuídas por el cartero en sus propias manos (23). En todas esas ocasiones Mad. Blavatsky estaba lejos, pero la escritura era idéntica á la de las cartas recibidas con frecuencia por su mediación.
El 1ro de Agosto de 1884 Mad. Blavatsky estaba en Inglaterra, y el Coronel O]cott y el Doctor Hubbe-Schleiden viajaban en el exprés de Elberfeld á Dresde. Habiéndose levantado el doctor de su puesto para dar los billetes al revisor, el Coronel Olcott observó una cosa blanca sobre el almohadón del asiento, y vió que era un sobre tibetano, con una carta de] Mahatma K.H. trazada con su escritura tan conocida.+

III

ANTES de ocuparnos de las comunicaciones recibidas durante algún tiempo en el famoso tabernáculo (shrine) en Adyar, es necesario describir el departamento que llegó á ser célebre más tarde. Mad. Blavatsky ocupaba dos de los tres cuartos del primer piso, que se abría sobre un gran vestíbulo. Tenía un gran salón en el que había una alcoba que á su vez daba acceso á una tercera habitación; el muro entre la alcoba y este cuarto lo formaban dos tabiques, separados entre sí por unas doce pulgadas, y muy ligeramente construídos, porque no tenían nada que sostener. En medio de este muro había una puerta que se encontraba también en una oquedad. El tercer cuarto estaba reservado para los usos ocultos, y se llamaba la cámara oculta. En este muro de separación, y sencillamente colgado, se hallaba un armario portátil que originariamente había estado encima de la puerta (24) y donde estaban los dos retratos de los maestros al óleo, un tazón de plata y otras cosas; el armario era movible, con un fondo sólido y estantes, estando sencillamente colgado del muro de modo que se le podía quitar con facilidad. Este armario se le llamaba el tabernáculo. El muro era de mampostería, y diversas personas, después de lo efectuado por los Coulomb, testificaron que estuvo intacto hasta el 17 de febrero de 1884 al menos (H. P. B. abandonó Adyar el día 7). El General Morgan, que vió la cámara oculta por primera vez en Agosto de 1883, durante una visita á Adyar en ausencia de Mad. Blavatsky, y que sin duda en consecuencia de un fenómeno notable que acaeció en su visita, examinó con mucho cuidado el tabernáculo y su vecindad, afirmando que hasta Enero de 1884, época en que dejó el Cuartel general, "toda trampa era imposible".

El Coronel Olcott señala esta fecha, en 15 de Febrero de 1884, una semana después que Mad. Blavatsky abandonó á Adyar.

El 15 de Diciembre de 1883, se le dijo intentase un experimento señalando "los puntos del muro correspondientes al centro y á los cuatro rincones del armario" . Le levantó para el objeto, y hecho el experimento, le colgó nuevamente en su sitio. Después de un año fué á Ceylán, volviendo á Adyar el 13 de febrero de 1884, es decir, poco después de la partida de Mad. Blavatsky, partiendo para unirse con ella el 15 de Febrero. En ese tiempo descolgó nuevamente el armario para examinar las señales, no encontrando en esa fecha ninguna perforación en el muro (25).

Es preciso recordar á este propósito que nadie ha lanzado la menor acusación contra el honor del Coronel Olcott. Se le ha tratado de engañado, pero jamás de cómplice.

Los testimonios acerca de la naturaleza del tabernáculo y del muro trasero, son decisivos.

El Juez Sir Subramania Aiyer, del Tribunal Supremo de Madrás, es, quizás, el hindo más respetado en la localidad, honrándole igualmente los europeos y los indígenas. Declara el 10 de Enero de 1884 que era Presidente en Adyar durante el año 1883, y que vió algunos fenómenos los días 26 y 28 de Diciembre. «La cámara en cuestión está situada arriba. Se encuentra en ella el tabernáculo, un armario de madera adosado al muro. No está :fijado contra él, y no hace más que tocarlo; le he examinado cuidadosamente dentro y fuera, así como el muro contra el que se adosa. No he encontrado nada que haga sospechar la existencia de combinación alguna para explicar cuanto he visto. En el interior del armario hay dos retratos de los Mahatmas, con sus cuadros correspondientes, cubiertos con una seda amarilla, un tazón de plata y algunas imágenes... No vi nada engañador, ni alambres, ni resortes, dentro ó fuera del tabernáculo. Pedí permiso para examinarlo, y ella (H. P. B.) me lo dió. No sólo no vi

ningún alambre, resorte ni combinación, sino que no sentí nada al introducir la mano para examinarlo» (26).

Mr. R. Casava Pillai, Inspector de policía, declara,: «Cuando estuve en el Cuartel general de Adyar, en Enero último (1883), entré en la cámara oculta cinco ó seis veces, cuatro de ellas en pleno día. En dos de esas ocasiones, durante el día, muchos teósofos de la India meridional entraron una vez á ruegos de madame Blavatsky y otra de Mr. Damodar, para examinar el tabernáculo y los muros del cuarto. Tras un examen minucioso, esas personas no descubrieron nada que hiciese sospechar. Se comprobó que el tabernáculo estaba adosado al muro sólido que tenía detrás, y que no había alambres ni otras combinaciones que hubieran podido escapar á la experta mirada de un Inspector de policía como yo, que vigilaba de cerca.- R. CASAVA PILLAI» (27).

Un ingeniero del Gobierno escribe: «El 5 de Julio de 1883 he ido al Cuartel general de la Sociedad Teosófica en Adyar. He examinado las paredes del fondo, de arriba, de abajo y de los costados del tabernáculo, lo mismo que los muros próximos, con el mayor cuidado y la mayor minuciosidad, y no he encontrado motivo alguno para sospechar un fraude.- C. SAMBJAH CHETTY» (28).

El testimonio del director de Philosophical Enquirer, Mr. P. Ruthnavelu, es de gran valor, porque examinó el tabernáculo y su vecindad antes y después del ataque de los misioneros. Escribe: «Fuí testigo de un fenómeno (el 1ro de Abril de 1883) cuyo relato completo he publicado en Philosophical Enquirer el 8 de Abril de 1883. Subí á ver el tabernáculo con dos amigos míos, escépticos, y se me abrieron las puertas para que pudiera inspeccionarlo minuciosamente. Examiné todo con el mayor cuidado, palpándolo en diferentes sitios. No había abertura ni agujero en el sitio movible del armario. Fuí llevado á la cámara inmediata para ver el otro lado del muro al que estaba adosado el tabernáculo. Contra este muro había un guardarropa, que fue quitado en mi requisa para que pudiese ver el muro por este sitio. Miré por arriba, examiné de todos modos para ver si había algún engaño, y pude convencerme que era completamente imposible cualquiera.

El 14 de Septiembre de 1884, después de leer el artículo de los misioneros, volví á ver el cuarto á las ocho de la mañana; fuí recibido por Mr. Judge, el Doctor Hartmann y Mr. Damodar, que me hicieron subir. Al otro lado del muro, en el sitio correspondiente á la parte posterior del tabernáculo, vi un ingenioso aparato de ebanistería, al cual había adaptada una puerta corrediza, que al abrirse, enseñaba una aberturita en el muro. Dentro del mismo había un hueco bastante grande para que un muchacho delgado estuviese, si le era posible deslizarse por la abertura y contener su respiración unos segundos. Traté en vano de deslizarme por la abertura, y alargué luego mi brazo con dificultad por el hueco para sondear su estructura interior. No tenía comunicación con el fondo del tabernáculo. Pude ver que el aparato no había sido concluído, y que las puertas correderas y todo ofrecían el carácter de un trabajo inacabado y reciente» (29).

Mr. el Profesor J. N. Unwalla, caballero parsi de gran cultura y elevado rango, ofrece este testimonio: «En Mayo de 1883, hallándome hospedado en el Cuartel general, he tenido muchísimas ocasiones la fortuna de encontrarme en la cámara oculta y de examinarla lo mismo que el tabernáculo. Una vez por deseo de Mad. Blavatsky, examiné este último cuidadosamente, antes y después de un fenómeno que vi producirse. Puedo decir eon seguridad, sin equívoco ni reservas, que ni en la cámara oculta ni en ningún sitio del Cuartel general he podido encontrar nunca aparatos ó combinaciones de ninguna especie que puedan dar idea de fraude ó de trampa» (30).

Podría continuar las citas, pero creo que no merece la pena una vez que son tan concluyentes. Sin embargo, estos hechos tienen su importancia, porque la primera parte

del complot Coulomb y de la Memoria de Mr. Hodgson, se han fijado en el tabernáculo y su vecindad.

Entre los numerosos fenómenos que aquí se refieren, algunos pueden relatar se en este lugar, pero debe observarse que el tabernáculo no existió sino poco tiempo, y que no jugó ningún papel en la mayoría de los fenómenos dependientes de Madame Blavatsky. Véase uno del cual ha hecho un relato el General Morgan. Se efectuó en Agosto de 1883. Mad. Blavatsky, entonces en Ootacamund, le rogó mirase el retrato en el tabernáculo, porque era un trabajo particularísimo. Mad. Coulomb le hizo subir y entró con él en la cámara oculta. «Al entrar en la cámara, ella se aproximó rápidamente al tabernáculo y abrió violentamente la doble puerta. En ese instante un platillo de porcelana, que parecía apoyado contra la puerta, cayó sobre el suelo y se rompió. Manifestó ella una gran consternación, diciendo que era un objeto al que la señora tenía en gran estima, y que no sabía cómo remediarlo. Ella y su marido, que habían venido con nosotros, recogieron los pedazos. La mujer los envolvió en un trapo y los metió en el tabernáculo, en el tazón de plata y no fuera. Cerraron las puertas; Damodar se colocó en una silla en frente del tabernáculo, á unos cuantos pies de distancia. Miraba atentamente el cajón en actitud del que oye. Yo ignoraba entonces, y ahora lo sé, que la corriente eléctrica astral produce un sonido exactamente como el del telégrafo ordinario, que se podía oir claramente en el tabernáculo. Ignorándolo continué con versando con los Coulomb sobre el suceso. Dije al marido que buscase “mastic! o cola y tratase de pegar los pedazos.

Salió para buscar lo diciendo que lo tenía en su bungalow, á unos cien metros de la casa. Volviéndome á la mujer, le dije: «Si la cosa vale la pena, los Mahatmas pueden remediarla; si no, arréglelo usted como pueda.» Apenas dije esas palabras, cuando dijo Damodar: «Hay un mensaje»; abrió inmediatamente la puerta del tabernáculo, cogió el tazón de plata, donde se encuentran las cartas generalmente, y, en efecto, había una carta que se abrió y contenía las siguientes líneas: «Á las personas presentes como testigos. He aquí una ocasión para Mad. Coulomb para asegurarse que el diablo no es tan negro ni tan malo como se le representa por lo general. La desgracia se ha reparado fácilmente.-K. H.»

«Quitamos entonces el lienzo que contenía el platillo roto y le encontramos entero é intacto. Tres minutos no habían transcurrido desde que sugerí que se procurase cola, cuando Coulomb volvió con ella. ¿Se había podido dar la vuelta á los cuartos de arriba, pasar por detrás del tabernáculo, coger el platillo roto y atar el paquete después de haber puesto un platillo intacto en su lugar, y escribir la palabra referente á la reparación del platillo, sin haber oído mi observación sobre el caso? Yo declaro

entonces que su hazaña hubiera sido igual á la de los Maestros. Cuando hablé á esta mujer de la manera extraordinaria como había sido arreglado el platillo, respondió: «Eso debe ser obra del diablo» y efectivamente; ella escribió á Mad. Blavatsky el 13 de Agosto de 1883: «Creo verdaderamente que me vuelvo loca si estoy con usted» Luego dió en seguida el relato de lo ocurrido, y concluyó: «Yo digo que usted tiene pacto con el diablo» (31).

Otro caso fué el del juez Srinavasa Rao, que lo refiere como sigue: «El 4 de Marzo de 1884 -Mad. Blavatsky y el Coronel Olcott se hallaban en ese momento en el Océano, habiendo salido de Bombay el 20 de Febrero para Marsella -, me sentí, á consecuencia de disgustos domésticos, muy mal durante todo el día.»

Fué á Adyar, y encontrando á Damodar, le participó su deseo de ver el tabernáculo. «Me llevó inmediatamente á la cámara de arriba y abrió el tabernáculo. Estuvimos unos cinco segundos contemplando el retrato del Mahatma K. H. , que estaba colocado en él,

cuando me dijo que tenía orden de cerrarlo, lo que hizo en seguida. Me quedé extremadamente contrariado; pero al cabo de un instante Mr. Damodar volvió á abrir el tabernáculo. Mis ojos cayeron enseguida sobre una carta con un sobre tibetano que estaba sobre el tazón en el tabernáculo, antes completamente vacío. Tomé la carta, y viendo que venía dirigida á mí por el Mahatma K. H. , la abrí y la leí» (32).

El juez, Sir. S. Subranania Aiyer, da cuenta de otro fenómeno producido por intento del mismo Mr. Srinavasa Rao: «El 28 de Diciembre de 1883 -dice- fuí al tabernáculo á las diez y media de la mañana. Siete personas estaban presentes. Las ventanas estaban abiertas y entraba la luz del día. Mad. Blavatsky dió la llave del tabernáculo á Mr. P. Srinavasa Rao, juez de primera instancia en Madras, y se puso á cierta distancia de nosotros. Mr. Srinavasa Rao abrió el tabernáculo, sacó el tazón de plata y lo mostró á los concurrentes. No había nada en él. Le puso dentro otra vez, cerró y se guardó la llave. Al cabo de cinco minutos Mad. Blavatsky le dijo que abriese, y así lo hizo. Sacó el mismo tazón de plata, y dentro de él encontró un sobre cerrado con goma, dirigido á Mr. Srinavasa Rao. Yo le vi abrir el sobre y sacar de él una carta con escritura del Mahatma K.H. , así como unos billetes corrientes por valor de 500 rupias» (33).

El juez T. Ramachandra Rao y Mr. R. Ranga Rao, han entrado también en la cámara oculta, «Examinamos todo con el mayor cuidado, y el tabernáculo estaba cerrado con llave. No nos movimos, sin embargo, y al cabo de medio minuto Mad. Blavatsky nos dijo que lo abriésemos. Lo hicimos y encontramos el armario, donde antes no había nada, y habíamos mirado medio minuto, lleno de flores y de hojas frescas. Cada uno cogió unas cuantas y observamos que había entre las hojas unas de cierta especie que no podía encontrarse en ninguna parte de la provincia de Madrás. Examinamos cuidadosamente la cámara y sus alrededores y no encontramos nada que justificase o diera que sospechar el menor engaño .- T . RAMACHANDRA RAO."

«El fenómeno descripto anteriormente se efectuó en mi presencia.--R. RANGA RAO» (34).

Mad. Coulomb, á consecuencia de su natural celoso é intrigante, fué causa de muchísimos disgustos en el Cuartel general, no siendo querida del personal del mismo. El Doctor Hartmann, que llegó á Adyar el 4 de Diciembre de 1883, hace de ella la siguiente descripción: «Imagináos una extraña criatura, con aire de bruja, de rostro arrugado, una mirada agudísima y un inquietante continente. Su oficio era afectar aires protectores cerca de los servidores, cuidar como una madre un caballo decrépito y muchos perros sarnosos incapaces de andar. Consideraba como su misión principal meter la nariz en los negocios particulares de cada uno, y reunir las cartas extraviadas aquí y allá que no iban dirigidas á ella, sin duda con el fin de estudiar las escrituras; trató de insinuarse en la confianza de los recién venidos, y tenía un procedimiento para descubrir sus secretos, pretendiendo decirles la buena ventura echándoles las cartas, al mismo tiempo que trataba de despertar simpatías en los extranjeros, refiriéndolas cómo desde una vida de lujo había caído á una situación humilde. Si encontraba un oído atento no vacilaba en insinuar que toda la sociedad era una broma, que los fenómenos eran fraudulentos, y «que ella podía decir muchas cosas si quisiera» . Complaciente y de un modo confidencial informaba al aspirante á los honores teosóficos que el Coronel Olcott era un tonto, á quien arrastraba de la nariz Mad. Blavatsky. Si se le decía que se explicase, contestaba: «Tengo cerrada la boca y no puedo hablar contra las gentes que me dan de comer. Cuando se la objetaba que los fenómenos ocultos se efectuaban cuando Mad. Blavatsky estaba á un millar de millas, respondía que ella «sabía lo que sabía» (35). Puede recordarse acaso como una excusa para Mad. Coulomb, que era una cristiana supersticiosa, y que realmente estaba alarmada por las cosas que pasaban á su alrededor. Como hemos visto, creía que los fenómenos eran obra del diablo. Por otra

parte, esto era un paraíso para ella, quiero decir, el vivir contenta en Adyar, tras todos sus reveses, y no tenía valor para abandonar su refugio. Es posible que su traición hacia sus bienhechores fuese en parte resultado de una conciencia obtusa y deforme.
La tentación de permanecer era demasiado fuerte. El Doctor Hartmann continúa: «Ella llegó al Cuartel general sin un cuarto, y Mad. Blavatsky la recogió en la casa por pura caridad, dándole plena autoridad sobre todo, incluso la obra; y cuando abandonó el Cuartel central ostentaba un grueso fajo de billetes de Banco. (Los gastos domésticos del Cuartel central, después de la marcha de los Coulomb, disminuyeron de 230 á 270 rupias mensuales).» Además había muchos visitadores generosos, y podían obtener préstamos; la falta de un préstamo aceleró la catástrofe. El Príncipe Harisinghjí, de Kathiamar, primo del Maharajá de Bhaenagar, fue á la convención de Diciembre de 1883, y Mad. Coulomb le abordó para pedirle un préstamo de 2.000 rupias. El príncipe esquivó la demanda, diciendo que la ayudaría quizás algún día, y se fue á su casa.
El 7 de Febrero de 1884, Mad.. Blavatsky dejó Adyar, y como se proponía visitar al Príncipe Harisinghjí antes de ir á Bombay en su camino para Europa, Mad. Coulomb pidió y obtuvo permiso de ir con ella. Al llegar á la casa del príncipe, madame Coulomb renovó su ataque contra su bolsa, diciéndole que había prometido ayudarla, y el príncipe acabó por quejarse á madame Blavatsky, que ahogó la operación. El Doctor Hartmann, que estaba presente, observa: «Su furor no tuvo límites, y sus accesos apasionados de cólera y envidia no se apaciguaron por los reproches que le hizo Mad. Blavatsky á propósito de su injusta tentativa de estafa... Mad. Coulomb vertió algunas lágrimas con el auxilio de su pañuelo, volvieron las cosas á su lugar y continuamos hacia Bombay , donde encontrarnos al Coronel Olcott y á Mr. Saint-Georges Lane-Fox, el conocido electricista, mientras Mad. Coulomb fué á visitar un obispo y otros dos clérigos cuyos nombres no conozco» (36). El Doctor Hartmann cuenta con causticidad el embarco del Coronel Olcott y madame Blavatsky el 21 de Febrero: «Un sollozo más, un abrazo, y Mad. Coulomb, con los ojos rojos y los pasos vacilantes, salió del camarote. Bajó á la lancha é hizo con su pañuelo un último adiós á Baboula, el criado de Mad. Blavatsky, diciéndole: «Me vengaré de vuestra ama por haberme impedido tener mis 2.000 rupias» (37). Baboula declaró más tarde: «En el momento que Mad. Coulomb dejó el barco, después de haber dicho adiós á Mad. Blavatsky, dijo que se vengaría de mi ama por haber impedido que Harisinghjí le diese 2.000 rupias. .. Otra vez en casa del Doctor Deudley, en Bombay, dijo que odiaba á Mad. Blavatsky» (38). El mayor General H. R. Morgan escribe lo que sigue, á propósito de los Coulomb: «Fueron recibidos por madame Blavatsky en Bombay, en un estado de penuria; los recibió como amigos porque le habían prestado un servicio en Egipto. La mujer de los Coulomb vino á ser una especie de intendente de confianza, y como observa justamente Mr. Gribble, ella fue la causa de que Mr. Wimbridge y Miss Bates, dejaran la sociedad en Bombay. Vemos por eso que ella comenzó inmediatamente su nefasta intervención.
«Lo que sigue prueba que la maldad es sus rasgos característicos. Cuando estaba en Bombay trató de vender lo que sabía sobre la Sociedad al Guardián, un periódico de la localidad. Ella no sabía gran cosa entonces. La correspondencia vendida después al Christian College Magazine, no existía, ni los falsos fenómenos que alegaba tampoco. Es evidente que desde el año 1879 ella tenía dispuestas las letras falsificadas y los fenómenos. Precisamente en esa época es cuando su naturaleza maquiavélica la llevó á preparar la caída de su bienhechora, pues ella afirmó á más de un teósofo que jamás había visto un trozo de escritura de Mad. Blavatsky, y que había tenido en cambio la suerte de encontrar cartas comprometedoras, traídas á sus pies por el viento. ¿Cómo hubiera tenido en tanto esos papeles si tenía la correspondencia voluminosa de que ha dispuesto con tanto provecho? Cuando se reflexionan las maneras de obrar de esta

mujer, de escuchar en las puertas, devolver las cartas en su odio á los miembros de la Sociedad, en su juramento de vengarse, en el incesante espionaje contra Mad. Blavatsky y los que con ella hablaban, no es difícil comprender por qué y cómo elaboró ella las cartas. Su maldad llegó á tal punto, que mantenía una trailla de perros enfermos y sarnosos con el fin de molestar á los brahmanes de la alta casta y de hacerles huir.
Su objeto era tener la completa posesión de la bolsa y atacar á la bolsa de los demás; y cuando estos míseros planes fueron descubiertos por Mad. Blavatsky, la odió en consecuencia.
Podría preguntarse cómo pudo tolerarla algún miembro de la Sociedad sabiendo todo eso. La respuesta es que es una espiritista del carácter más marcado, que se entrega á la práctica de la magia negra y que se la creía poseída. Así se la toleraba como una persona apenas responsable de sus actos. Añádase á eso la costumbre de confiar su odio de la, Sociedad y de sus objetos bajo el sello del secreto, que cerraba la boca de muchas gentes que la hubieran denunciado de otro modo y pedido su expulsión. Además, el excelente corazón del Coronel Olcott y de Mad. Blavatsky, les hacía tolerar muchos de sus defectos, soportándola en parte por sus servicios como intendente, y en parte por caridad. Únicamente, cuando la crisis por la expulsión de los Coulomb, hubo de manifestarse, los miembros comenzaron á comparar sus observaciones, y la astucia excesiva y la iniquidad de esta mujer se evidenció á todos» (39).
Tal era la mujer á quien Mad. Blavatsky, con su característico descuido, segura de su propia honradez y muy confiada en la de los demás, dejó la custodia de sus departamentos de Adyar. Una vez, sin embargo, muy enojada por el incidente de Harisinghjí, pidió al Doctor Hartmann que se deshiciese de los Coulomb antes de su vuelta.
La venganza anunciada se efectuó enseguida; escribiendo á Mad. Blavatsky quejas contra todos los personajes del Cuartel central, Mad. Coulomb hablaba á cada uno de ellos contra madame Blavatsky, aludiendo á las revelaciones próximas. Enviando á Mad. Blavatsky el relato de todo lo que motivó la despedida de los Coulomb del Cuartel general, Damodar, el más fiel de los colaboradores hindos, escribe el 14 de Julio de 1884, que durante ese tiempo la mujer daba á entender, sin decirlo abiertamente, «que todos los fenómenos son fraudulentos, y que sois una impostora»; dejaba caer algunas alusiones sobre comunicaciones secretas, trampas, etc. , no empleando esas palabras, pero dejándolas adivinar. «No trataba sino de sembrar fermentos de discordia entre nosotros... esforzábase en concitar uno contra otro á los miembros del consejo, pero fracasó vergonzosamente. » Los Coulomb no permitían la entrada á nadie del Cuartel general en el cuarto de Mad. Blavatsky (que antes vivió siempre libremente al estado mayor durante sus frecuentes ausencias) y para explicar el transporte al cuarto de los útiles de carpintería, manifestaron que el techo se rezumaba y que Mr. Coulomb lo reparaba. Disgustado por las molestias que causaban, el consejo resolvió desembarazarse de ellos, según el Doctor Hartmann. «Las declaraciones enviadas por muchísimos miembros manifestaron que los Coulomb se habían conducido muy mal, esparciendo mentiras sobre la Sociedad, calumnias sobre las personas oficiales, y que despilfarraban los fondos de la Sociedad, etc... resolvimos, pues, descalificarlos de un modo formal» (40). Pero mientras celebraban una sesión con este fin, apareció la forma astral de un chela, y dió á Damodar una nota del Maestro K.H. , dirigida al Doctor Hartmann, rogándoles efectuasen las reformas, pero que se compadecieran de madame Coulomb. Obedecieron y dejaron pasar las acusaciones, y el Doctor Hartmann observó que tenían razón de obrar así, porque la obra del Coronel Olcott en Europa, había sido seriamente comprometida si se hubiera efectuado una crisis en Adyar, en ese instante

(41). Durante algún tiempo todo fué bien; una carta de T. V. Charlu á Mad. Blavatsky, en 12 de Marzo de 1884, anuncia que el trabajo iba perfectamente. El Doctor Hartmann había sido elegido Presidente del Consejo de vigilancia. Mister Lane -Fox debía dar dos conferencias en la sala de Patchyappa, y muchos trabajadores debían ir á Ootacamum en Abril, incluso Mad. Coulomb. Refiere dos fenómenos, dos cartas recibidas respectivament.e por el Príncipe Harasinghjí y el Juez Srinavasa Rao. S. A. el Thakur Saheb de Wadhwan y el Príncipe Harasinghjí resol vieron visitar el Cuartel general. Este último puso una carta en el tabernáculo y ha contado más tarde lo que aconteció: «He estado con frecuencia en el Cuartel general durante mi estancia en Madrás con mi amigo S. A. el Thakur Saheb de Wadhwan; nos hallábamos en esa ciudad en Marzo último para la celebración de su matrimonio con la hija del honorable Gajapati Rao. Un día supliqué á Mr. D. M. Mavalankar (Damodar) pusiese por mí en el tabernáculo una carta que había escrito á mi venerado Maestro K. H. Estaba encerrada en un sobre y trataba de asuntos personales que es inútil publicar.
Mr. Damodar me permitió poner la carta en el tabernáculo, y á la mañana siguiente fuí al tabernáculo acompañado de mi mujer. Al abrir aqué1 encontré mi carta sin abrir pero con mi dirección en lápiz azul en vez de mi sobre escrito «Á mi venerado Maestro», que estaba tachado. Esto pasó en presencia de Mr. Mavalankar, del Doctor Hartmann y de otras personas. El sobre estaba intacto, le abrí y en lo blanco que dejé de mi carta venía la respuesta de mi Maestro K.H.. con su escritura, que me es familiar. Quisiera saber cómo otras personas se explicarían esto, cuando los dos fundadores se hallaban á muchas millas de distancia. -HARASIGHJÍ RUPSINGHJIÍ» (42).
Algunos días después el Jue z Srinivasa Rao vino y pidió permiso para sentarse delante del tabernáculo. Damodar le hizo subir y le sentó: «Dentro no había más que su contenido ordinario.» Recibió inmediatamente orden de su gurú de cerrarle y de abrirle después. Luego se recibió una carta dirigida al Juez (43).
Esta calma era engañadora. El Coronel Olcott recibió en Londres un sobre timbrado en Madras, con fecha 28 de Abril de 1884, dirigido á Mad. Coulomb por el Doctor Hartmann. El signatario manifestaba su falta de fe en Mad. Blavatsky, é insinuaba que Mad. Lane -Fox había «recibido instrucciones secretas de los miembros de Londres para descubrir su engaño» .
La carta estaba mal dirigida y ortografiada, y el Coronel escribió al Doctor Hartmann con fecha de 20 de Julio de 1884: «El conocimiento personal que tengo de usted se levanta contra esta carta de pícaro.» Decía también que le había puesto entre sus despachos, pero que por la mañana, buscándola en sus papeles, observó que el Maestro la había anotado y que le dijo que la enviase en seguida al Doctor. Éste observó que la carta era “una imitación bastante mala de su propia letra”. El Maestro M. escribió debajo: «Grosera falsedad, pero suficiente para indicar lo que un enemigo obstinado puede hacer en este sentido. Esto es lo que se puede llamar en Adyar un campeón» (44). Y era, en verdad, un campeón de la vanguardia de esa cosecha de cartas falsas que se publicaron algunos meses después en el Christian College Magazine escritas por la misma mano.
Sin embargo, se habían hecho advertenc ias en Adyar. «Cuando la carta falsificada se escribió, recibí una de un amigo de Europa, y en el interior del pliego hallé estas palabras escritas por mano del Maestro: «El asunto es serio. Os enviaré una carta por medio de Damodar; estudiadla con detenimiento, etcétera.» A los pocos días una carta dirigida á mí cayó en el cuarto de Damodar en Ootacamund (el Dr. Hartmann estaba en Adyar), que después de leerla y enseñarla á Mr. Lane-Fox, me la remitió. Estaba indudablemente escrita por el Maestro. Citaré un trozo de ella: «26 de Abril de 1884. Desde hace tiempo esa mujer ha entablado relaciones, verdaderos pourparlers

diplomáticos con los enemigos de la causa, algunos padres. Espera recibir más de 2.000 rupias si les ayuda á dominar la Sociedad, ó á perjudicarla por lo menos, desacreditando á los fundadores. De ahí sus alusiones á las trampas y á los truos. Además, cuando le convenga encontrará trampas, porque hace tiempo que las preparan, pues son los dueños del piso de arriba. Tienen libre acceso y plena vigilancia del local. El marido es astuto, diestro en los trabajos manuales, buen artesano y carpintero y albañil. Notadlo bien, señores teósofos. Os odian con el odio de los humillados por el éxito; odian á la Sociedad, á Henry (Olcott), á H. P. B., á los teósofos y hasta el mismo nombre de Teosofía. Están dispuestos á gastar una gran cantidad para destruir á la Sociedad que detestan... Además los j... de la India están de acuerdo con los de Londres y París. . . Mantened cuanto os digo lo más confidencialmente posible si queréis ser los más fuertes. No déis á entender que lo sabéis; si queréis aceptar mi consejo, sed prudentes. Obrad, sin embargo, sin demora.-M. (45) .

Mad. Coulomb estaba en Ootacamund. El marido se encontraba en Adyar, discutiendo un ofrecimiento que le había hecho el Dr. Hartmann de ir á América, cuando llegó una carta del Coronel Olcott, fechada en París el 2 de Abril de 1884, en la que reprochaba á Mad. Coulomb de hablar contra la Sociedad y conspirar contra ella. Mad. Coulomb, Damodar y Mr. Lane-Fox regresarán de Ootacamund; un requerimiento del Dr. Hartmann á los Coulombs (él esperaba desembarazarse de ellos tranquilamente), les rogaba que dejasen Adyar, pero fué formalmente rehusado por ellos. Mad. Blavatsky escribió que no volvería á Adyar si estaban los Coulomb, y el Consejo General fué citado para reunirse el 14 de Mayo de 1884. La reunión se celebró y se presentaron disposiciones acusando á Mad. Coulomb de que había declarado: Que el objeto de la Sociedad era contrarrestar la dominación inglesa en la India; que sus fines eran contrarios á la verdadera religión y que los fenómenos eran fraudulentos y obra del diablo. La acusaron de haber tratado de apoderarse del dinero de los miembros, de haber dilapidado los fondos de la Sociedad, de ser reo de mendicidad, y maledicencia, de haber calumniado groseramente á H. P. B., declarando que su presencia en el Cuartel general era nefasta á la Sociedad y mostrando una carta de chantaje enviada á H. P. B. El marido fue acusado de ayudar y animar á su mujer y de haber desobedecido á las órdenes del comité de vigilancia. Las tres primeras acusaciones fueron juzgadas únicamente, y Mad. Coulomb no quiso confesarlas ni negarlas. Siendo aplastantes los testimonios fué expulsada de la Sociedad. Mr. Coulomb, á quien se pedía la dimisión, rehusó y fué expulsado también y á los dos les intimó para que se marcharan. Después de algunas dificultades, mister Coulomb entregó las llaves de la cámara superior y el Dr. Hartmann, Mr.T. Subba Rao, el juez Srinivasa Rao, Mr. Drown, Mr. Damodar K. Mavalankar y algunas otras personas, entraron en el departamento de Mad. Blavatsky, de donde los Coulomb habían excluído á todo el mundo. Se vió entonces el trabajo al que Mr. Coulomb se había entregado. El general Morgan y su señora habían visto el muro intacto, y ella le había hecho tapizar ante su vista en Diciembre 1883 como ya hemos dicho; pues ahora de la parte de la alcoba de Mad. Blavatsky, estaba oradado por la parte donde antes hubo una puerta, habiéndose abierto un agujero, observándose aún los restos del trabajo. El muro, como hemos dicho, había sido tapado ligeramente con yeso, y los dos tabiques separados por un espacio de doce pulgadas se había llenado con cascote. El tabique de la cámara oculta estaba todavía intacto, pero es evidente que la abertura debía repetirse en el otro, y probablemente en el suelo del tabernáculo se hubiera hecho movible para poder quitar ó poner en él algún objeto. Pero á consecuencia del aviso del Maestro, el Dr. Hartmann había obrado sin detenerse» , y detuvo la obra que no pudo acabarse. El orificio de la alcoba de Mad. Blavatsky tenía

catorce pulgadas de ancho por veintisiete de alto, y era “bastante grande -según la irónica expresión del Dr. Hartmann- para que un muchacho que no tuviera miedo á ahogarse pudiera introducirse en él” . Un gran armario de ropero tapaba el boquete, y un respaldo movible se había puesto en el fondo del armario; la trampa era nueva y difícil de mover no cediendo sino á un estrepitoso martillazo. Otras tres puertas correderas nuevas y resistentes existían en otras partes del cuarto, pero no se sabe todavía con qué objeto. Mr. Coulomb confesó que él había hecho todas esas trampas con sus propias manos, pero se excusó diciendo que las hizo por orden de Mad. Blavatsky. Negó hallarse en relaciones secretas con los misioneros con el fin de perjudicar á la Sociedad. Dió luego las llaves á Mr. Damodar K. Mavalankar, que se posesionó de las habitaciones. Se acordó dejar todos los boquetes y las puertas corredizas en su estado hasta una nueva decisión. Es seguro que con un poco de trabajo esas trampas hubieran sido terminadas y hemos de sospechar que Mr. Coulomb tenía el propósito de hacerlo antes que regresara de Europa Mad. Blavatsky (46).

En la carta de Damodar á Mad. BJavatsky citada más arriba (14 de Junio de 1884) cuenta estos sucesos y dice: «Expresamente hemos dejado el boquete y las puertas movibles, dan por sí mismo la prueba de vuestra inocencia. La entrada es tan pequeña que un hombre moriría sofocado si permaneciese dentro dos minutos. Además no comunica con el tabernáculo. Las puertas movedizas son tan nuevas que no pueden moverse sino haciendo mucha fuerza y no poco ruido; todo lo cual prueba que jamás habían servido antes» .

Los Coulomb abandonaron Adyar el 25 de Mayo de 1884 habiendo fracasado la primera parte del complot por haberse descubierto prematuramente. Debía, sin embargo, resucitar de nuevo en lo porvenir por el agente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, y gracias á la manera poco verídica de presentar los hechos, pocas gentes saben, aunque todo el mundo lo sepa ahora, que ninguna de esas cosas existía mientras estaba Mad. Blavatsky en Adyar ni mientras se efectuaron los fenómenos, y que todas ellas se hicieron antes de su regreso. Estaban recientes en Mayo de 1884, aunque sin terminar; el fondo del armario y el muro del que colgaba estaban intactos, de manera que no había comunicación entre la alcoba de Mad. Blavatsky y la cámara oculta. Todo ello fué enseñado á los numerosos visitantes del Cuartel general durante el estío de 1884, dejando el muro y los panderetes tal como se los encontró. Mr. Judge, que llegó á Adyar el 26 de Mayo, describe así el boquete: «Era un agujero imperfecto y sin terminar en el muro, abriéndose en aquella parte en que se tapió la antigua puerta. . . El boquete empezaba en el suelo y subía á una altura de 22 pulgadas. En los bordes se veían trozos de lata, unos de tres pulgadas y otros de cinco, lo que disminuía la abertura. .. el yeso había sido quitado recientemente y los trozos de lata parecían pedazos de madera que se acabaran de romper. La tapicería se hubiera roto después» . Estos hechos fueron vistos y notados por más de treinta personas enviadas como testigos por Mr. Judge. Este mismo nos dice que á su instancia Mr. Damodar trató de introducirse por el agujero, pero que no pudo hacerlo. El mismo Mr. Judge lo intentó inútilmente también, así como un criado muy cenceño. En fin, logró entrar un niño de diez anos, pero no pudo tenerse en pié por los trozos de cascote que salían de los costados. Mr. Judge hizo buscar entonces un hombre que “en mi presencia, enladrilló el boquete, le enyesó y tapizó después toda su extensión” . Esto se hizo, como recordamos, en el otoño de 1884, antes del regreso de Mad. Blavatsky.

IV

Madame Coulomb trató inútilmente de extender el mal. Fue a acusar a la Sociedad al inspector del distrito, y la acusación de que la Sociedad era enemiga de la dominación inglesa era realmente peligrosa- , pero éste manifestó á Mr. Lane-Fox que aquella mujer había proferido absurdos tan incoherentes, que no creyó una palabra de su denuncia. Quedó señalada y rehusó recibirla cuando se presentó de nuevo. Un juez de paz observó que debía esta mujer de ser lunática para creer que alguien podía engañarse por sus maquinaciones. Los misioneros no lograron sacar de esto ningún provecho positivo. «Ningún hombre respetable la cree» -escribe Damodar- ; «al contrario, cada vez se simpatiza más con usted y con la Sociedad. » La tentativa fracasó con tanta evidencia, que Mad. Coulomb misma la desaprobó y escribió á Mad. Blavatsky: «He podido decir en mi acaloramiento muchísimas cosas, pero juro por todo lo que quiero más en el mundo, que jamás he hablado de fraude, de pasillos secretos, de trampas, ni he dicho que mi marido os ayuda. Si he proferido semejantes palabras, yo pido al Todopoderoso que lance sobre mí las más temibles maldiciones.”

Vencidos por el momento, no desmayaron los Coulomb y su segunda tentativa debía tener más éxito que la primera. La letra de Mad. Coulomb parecíase extraordinariamente á la de madame Blavatsky, como nos ha dicho el General Morgan (47) y la falsa carta enviada á Londres y bautizada por el Maestro con el significativo título de campeón, indicaba la línea de ataque preparada.

En Londres, la Sociedad de Investigaeiones Psíquicas parecía seriamente impresionada "por la que habla visto y oído á propósito de Mad. Blavatsky. Mr. F. W. Myers mismo había visto algunos fenómenos declarando con entusiasmo que no podía dudar de ellos. La Sociedad de Investigaciones constituyó un comité «para reunir, sobre los pretendidos fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica, las pruebas que pudieran suministrarse por los miembros de ese cuerpo actualmente en Inglaterra ó bien fuera” . Y el comité envió en seguida á la India á Mr. Hodgson, uno de los miembros, para examinar el asunto en su lugar.

Los Coulomb habían sido activos sin embargo; buscando un medio de mejorar su situación financiera, y furiosos contra la Sociedad, se dirigieron á los misioneros (Mad. Coulomb, como cristiana arrepentida) que habían sostenido una vigorosa cruzada contra la Teosofía. Una veintena de cartas fueron ofrecidas á los misioneros, escritas por Mad. Blavatsky , según se decía, á Mad. Coulomb, donde tomando á ésta por confidente, confesaba sin pudor una multitud de fraudes. Hay alguna incertidumbre sobre el precio á que fueron pagadas. Poco tiempo después de su publicación, el Profesor Patterson, del Colegio cristiano de Madrás, respondió á una pregunta del Doctor Hartmann que convinieron en pagar á Mad. Coulomb 1.000 rupias, pero que no había percibido aún más que 75. Esta declaración fué hecha en presencia de Mr. Judge, que la publicó al día siguiente en el Madras Mail. El General Morgan dijo que pagaron 150 rupias, pero la suma importa poco. Lo cierto es que compraron las cartas, las publicaron en el Christian College Magazine} de Septiembre y meses siguientes de 1884. A simple vista, para quien conozca á Mad. Blavatsky, esas cartas son falsas; son las de una mujer sin educación, mientras que el estilo de Mad. Blavatsky es brillante, aun en el tono familiar y de conversación. Prueban una perfecta ignorancia de los títulos indios, creando por un absurdo error un maharadjha de Lahore; y fueron reconocidas inmediatamente sin valor alguno por las personas más calificadas para juzgarlas.

Mr. Lane-Fox, en una carta al Times, dijo: «En cuanto á las cartas que se pretende haber escrito Mad. Blavatsky, y que recientemente ha publicado un periódico cristiano de la India, de acuerdo con todos los que conocen las circunstancias de la causa, no

tengo la menor duda que: cualquiera que sea su autor, no están escritas por Mad. Blavatsky.»

Mr. A. O. Hume, que conoció perfectamente á Mad. Blavatsky, y que no era precisamente su amigo, escribió lo que sigue al Statesman de Calcuta: «Señor: He leído un artículo en el Times of India, á propósito de algunas cartas escritas según se dice por Mad. Blavatsky á Mad. Coulomb, así como algunas observaciones de usted sobre el particular. Yo quiero advertir á sus lectores y al público en general no acepten esas pretendidas cartas como verdaderas. y puedo hacer esto muy bien puesto que toda relación entre mí y Mad. Blavatsky, el Coronel Olcott y Mr. Damodar, han cesado desde hace tiempo. Hay cosas que no he podido aprobar en la dirección de la Sociedad y de su periódico, y por esto, conservando mi ferviente simpatía por sus objetos manifiestos, no soy, desde hace más de dos años, sino un miembro nominal de la Sociedad Teosófica.

Por esto, pues, sin prejuicio aconsejo á todas las personas que se interesen por la cuestión suspender su juicio sobre la autenticidad de esas pretendidas cartas. Yo no quiero promover esta cuestión. ¿Mad. Blavatsky, es capaz de tomar parte en esos estúpidos fraudes, como el que representan esas estúpidas cartas dirigidas por ella? Lo que quiero consignar es que Mad. Blavatsky no es tonta; al contrario, como convendrán todos los que la conocen, amigos y enemigos, es una mujer excepcionalmente hábil y previsora, dotada de una notable y viva percepción de los caracteres. ¿Una mujer de este género habría jamás dado á una persona como Mad. Coulomb ese poder absoluto sobre su porvenir, que implica el hecho de haber escrito unas cartas semejantes? ¿El suponer que en un acceso de locura habían sido escritas por el1a, no sería, por otra parte, romper abiertamente con su detentadora? Algunos trozos de esas cartas pueden ser muy verdaderos: uno de los pasajes citados tiene un sentido diferente del que el Times of India le atribuye; pero créaseme, madame Blavatsky es una mujer muy lista para haber escrito á una persona algo que pueda convencerla de fraude. -ALLAN-HUME, Simla, Setiembre 1884. "

Mr. J. C. Mitter notó la flojedad de las alegaciones. «Me habréis de conceder que el cumplimiento del llamado desenmascaro de Mad. Blavatsky, descansa sólo sobre el testimonio no corroborado de una persona que, según su propia declaración, era cómplice activa en los fraudes, y que se ha exasperado por su expulsión de la Sociedad. Antes de juzgar, deberíase inquirir cuidadosamente el asunto y oir testigos de ambas partes, en vez de afirmar su opinión sobre la declaración de un cómplice sobre cuya veracidad no se sabe gran cosa, sino que ha participado también del fraude. Pero ¿por qué Mad. Coulomb no publicó las cartas, etc., que publica ahora, inmediatamente de haber salido del seno de la Sociedad Teosófica? ¿Es que necesitaba tiempo para prepararse?» La misma Mad. Blavatsky hizo frente á esta baja acusación con la indignación y el calor que le era característico: «Juro por el Maestro á quien sirvo fielmente, y para cumplir cuyas órdenes sufro en este momento, que me maldiga en la encarnación futura y en doce encarnaciones más, si jamás he escrito una línea de esas cartas infernales. Me río de los peritos, de los misioneros del tribunal, del jurado y del mismo diablo. Lo que digo ahora lo diré, no importa ante qué tribunal, delante de todos los jueces de Asia, de Europa y de América. No he escrito las cartas Coulomb. Y si la única persona en quien creo sin reservas sobre la tierra, mi Maestro, viniese á decirme que lo he hecho, entonces pasaría eso á mi cuenta, porque nada ni nadie en el mundo, sino él mismo, podría quitarme del cerebro y de la memoria ese acto idiota é insensato . ¡Qué idea! Si hubiera hecho semejante estupidez no me hubiera ido á Europa; habría removido el cielo y la tierra para impedir que el consejo de vigilancia la hubiera exteriorizado; habría vuelto á la primera indicación de peligro. . . sufro mis

faltas de hace siglos; sé por qué las sufro, y bajo mi cabeza humilde y resignada. Pero me inclino sólo delante del Karma y de mi Maestro, pero no me inclinaré jamás ante los padres ó por temor á ellos. Podéis publicar esta carta ahora ó cuando haya muerto para que lo sepan". Y añade: "Si usted ó alguno de ustedes creen verdaderamente que me he hecho en conciencia culpable de algún engaño, ó que me he servido de los Coulomb como cómplices, ó de no importa quién, y que no soy la pura víctima de la conspiración más infernal que jamás se ha hecho, una conspiración preparada durante cinco años, telegrafiadme donde estoy, que jamás muestre mi rostro ante la Sociedad, y lo haré. Perezca yo, pero la Sociedad viva y prospere."

He aquí una cosa sutil, y sin embargo, significativa: Si madame Coulomb hubiera sido cómplice de fraude, ¿hubiera escrito á Mad. Blavatsky el 13 de Agosto de 1883, «creo verdaderamente que me volveré loca si sigo con ustedes » ; refiriendo el incidente Morgan y concluyendo: «digo que tiene usted pacto con el diablo», si en ese momento había tomado parte en una impostura, y ella misma había ordenado el fenómeno como lo pretendió más tarde? Si hubiera sido cómplice, hubiera podido perfectamente sostener la farsa delante de testigos, pero de seguro que no habría continuado en las cartas particulares entre sí, especialmente en la misma época en que, según ella, Mad. Blavatsky le escribía con una franqueza tan desvergonzada. Es una falsedad tan gratuita é inútil, que la carta del 13 de Agosto no es creíble. La carta es completamente natural, como procedente de una cristiana asustadiza y supersticiosa, pero es incomprensible como de una cómplice, de una impostora.

Jamás nadie ha acusado á Mad. Blavatsky de ser tonta, y sin embargo, sólo una tonta podía haber trazado unas cartas tan locamente comprometedoras, y luego querellarse con la mujer que las poseía. La prudencia más elemental se excluye de semejante conducta. En 1889 resumí las pruebas á este propósito en una carta al Methodist Times, que bien puede reproducirse aquí: «Estimado señor: Ha llamado mi atención una carta del Profesor Patterson publicada en nuestro periódico el 31 de Octubre; mi nota, á la que responde, fué provocada por el reto que me hicisteis directamente para examinar las pruebas contra mi amiga Mad. Blavatsky , y yo no tenía el propósito de sostener una prolongada correspondencia. Es claro que nos hallamos frente á frente con afirmaciones completamente contradictorias. El Profesor Patterson dice que Mad. Coulomb no ha recibido dinero por sus cartas; el General Morgan dice, en folleto publicado en 1884, Reply to a report, etc., que «los misioneros escoceses les pagaron (a los Coulomb) 150 rupias para empezar.»

El Profesor Patterson dice que todos los teósofos que le han manifestado deseos de ver las cartas, han obtenido permiso.

Mad. Blavatsky me dice que ella lo ha pedido y que se le ha negado. Mr. B. Keightle me dice también que lo ha solicitado y no lo ha obtenido, y que por lo que sabe particularmente de otros teósofos de nota, ha ocurrido lo mismo. No conozco al Profesor Patterson, conozco á esos teósofos y prefiero aceptar su palabra.

«Ahora bien, mi creencia en la falsedad de esas cartas no descansa sobre detalles relativamente insignificantes, sino sobre una percepción general de la causa. De un lado, á un hombre y una mujer que han sido arrojados de una Sociedad, porque la segunda había tratado de estafar dinero. (Hay cuatro causas de semejante tentativa: una mujer á quien Mad. Blavatsky impidió procurarse dinero, y que juró vengarse.) Una mujer que trató de estafar á Mad. Blavatsky , como lo prueba una carta enviada por ella; una mujer que había falsificado las cartas del Dr. Hartmann y del General Morgan, habiéndose querellado contra el último por acusarla de falsedad, retiró la querella antes del juicio, so pretexto que Mad. Blavatsky no estaba. ¿Y qué tenía que ver esta señora con la falsa carta de Morgan? Una mujer, en fin, que según confesión propia, se había hecho

cómplice de impostura. Por otro lado existen: el testimonio de un comité compuesto del doctor Hartmann, el General Morgan,J. A. Coope-Oakley, el doctor Gabbhard y de diez caballeros hindos, de categoría, instrucción y capacidad reconocida, que examinaron todos los cargos, y declararon que ninguno tenía fundamento; el testimonio de los que han visto las cartas y asegurado que manifiestamente son falsas (Report de 1885), y el testimonio de Mr. G. Row, según cuya "experiencia de veinticinco años, como empleado de justicia. . . llegó á la conclusión, que todas las cartas, desde la primera á la última, son falsas”. (Report oficial 1884). Han de notarse además los siguientes hechos: que los falsos paralelos atribuídos alDr. Hartmann y al General Morgan, alegando su falta de fe en Mad. Blavatsky, fueron denunciados y desenmascarados inmediatamente por ellos mismos; que las mismas cartas evidencian, por ejemplo, el mal francés, cuando Mad. Blavatsky habla y escribe ese idioma perfectamente, como la mayoría de las personas cultas de Rusia; que Mad. Coulomb, por haber sido expulsada, ha conseguido cortésmente el favor de los misioneros; que las cartas se publicaron mientras Mad. Blavatsky estaba en Europa, que se apresuró á venir para afrontar la acusación, permaneciendo mientras se examinaba el asunto, y que no regresó sino después de reconocerse la falsedad de las acusaciones. Lejos de huir secretamente, entró en el barco del brazo del magistrado jefe de la Presidencia, y no se marchó sino por orden perentoria del doctor Scharlieb, el médico que la asistía y que temía por su vida si continuaba en el clima de Madrás. Tampoco fué llamada como testigo en el asunto Coulomb-Morgan, ni estaba complicada en él. Podía añadir á todo esto el juramento de Mad. Coulomb: «He podido decir en mi acaloramiento muchísimas cosas, pero juro por todo lo que quiero más en el mundo, que jamás he hablado de fraude, de pasillos secretos, ni he dicho que mi marido os ayudara. Si he proferido semejantes palabras, y pido al Todopoderoso que tome sobre mí las más terribles maldiciones.»

Juramento terrible, en verdad, pero no teniendo importancia en semejantes labios.

«En cuanto á la amenaza final del Profesor Patterson, que publique lo que quiera. Si existieran documentos comprometedores, los que se han servido de Mad. Coulomb, no pueden sentir escrúpulo alguno en contra de su publicación Mad. Blavatsky es pobre, está enferma y cansada y no hay que temer que vaya á la India para perseguirlos.-ANNIE BESANT. -19, Avenue road N. W.”

Mad. Blavatsky deseaba entablar una querella por difamación al Christian College Magazine, pero el Coronel Olcott insistió para que decidiese el asunto la Sociedad: «He indicado á madame Blavatsky que su deber es dejarse gobernar por el consejo general, y no decidir por ella misma. Le he dicho que ella y yo, al crear esta Sociedad tan importante, nos hemos obligado á que se nos considere como agentes en todo lo que respecta á sus intereses, y que debemos subordinar al problema predominante de su prosperidad, así nuestras reputaciones particulares, como nuestras fuerzas y nuestros medios (48). Se eligió un comité y decidió por unanimidad que ella no debía entablar la querella, y Mad. Blavatsky se sometió consolándose con la viva afección y la confianza que le fueron manifestadas.

Mr. Hodgson, el enviado de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, presenció esa memorable reunión de la convención de Diciembre de 1884; pues el Coronel, ignorantemente, le dispensó una buena acogida. La aparente amistad de Mr. Hodgson no era, sin embargo, más que un pretexto para ocultar su objeto real, y su honrada indagación nada más que una brecha para destruir con mayor seguridad. El encargado de una empresa como la confiada á Mr. Hodgson, debía tener sobre todas las condiciones una honradez y exactitud adecuadas. Desgraciadamente para él y para todas las personas interesadas, esas especiales cualidades no eran las más preeminentes. Era un joven, segurísimo de sí, profundamente ignorante de las costumbres indias y de los

hechos ocultos; más adelante debía adquirir la convicción de la realidad de muchas fuerzas que ridiculizaba entonces con ligereza, de los fenómenos que miraba como imposibles, y que en su ignorancia calificaba. de impostura. Su mal Karma habíale hecho un agente destinado á infligir un gran dolor á una mujer inocente en esta vida, y á dar por su mediación un golpe necesario á un gran movimiento espiritual. «En verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está escrito, pero desgraciado el que por el Hijo del hombre es traicionado.»

Mr. Hodgson, antes de dejar Inglaterra, no había manifestado ninguna facultad especialísima, é iba á profundizar los incidentes hiperfísicos en un pueblo que miraban los ingleses como indigno de participar de su conocimiento, y de quien muchos, como Mr. S. Subba-Rao, sentían amargamente la manera cómo Mad. Blavatsky había levantado el velo bajo que ocultaba sus secretos de generación en generación. Es indudable que con su ignorancia inglesa del pensamiento hindo, y su menosprecio inglés por la verdad hinda, vino á tropezar con los cerebros de la raza más sutil del mundo, raza que además, para guardar sus cosas santas del insolente extranjero, no vacila en legar una creencia francamente reconocida ante personas simpáticas. No censuro á ese pobre Hodgson de haber sido zarandeado cuanto pudo serlo; eso es más bien una desgracia que una falta; pero le censuro por el prejuicio que se formó acogiendo libremente todas las sospechas palpitantes y en el aire á las acusaciones dirigidas por los declarados enemigos de la Sociedad Teosófica, é ignorar los testimonios ofrecidos por los amigos de ella. Su actitud fue, no la de un investigador , sino la de un escéptico que sólo busca pruebas de impostura. Mr. Sinnett, que fijó perfectamente su situación después de publicar su Memoria Mr. Hodgson, escribe: «En esa Memoria, aun tal como está ahora, corregida con la prolongada ayuda de personas más entendidas, aunque hostiles al movimiento teosófico, nada indica que haya comenzado á comprender las principales condiciones de los misterios que ha tratado de esclarecer. Ha supuesto cándidamente que, desde que una persona en la India se consagraba visiblemente á la obra de la Sociedad Teosófica, podía presumirse que deseaba afirmar su crédito y persuadirle que los fenómenos alegados eran verdaderos. Deja adivinar que observó su conducta y las frases dichas al azar para recoger las concesiones que podían volverse contra la causa teosófica. Parece no haber sospechado jamás lo que todo investigador más experimentado hubiera visto inmediatamente, esto es, que el movimiento teosófico, en cuanto trata de dar á conocer al mundo en general la existencia en la India de personajes llamados Mahatmas, avanzadísimos en la ciencia oculta, y las ideas filosóficas que profesan, es un movimiento que ha sido considerado con profundo disgusto por muchos naturales consagrados á esos Mahatmas, y por muchos fervientes discípulos y estudiantes de su enseñanza oculta.

La actitud de ánimo tradicional con que los ocultistas hindos miran los tesoros de su conocimiento, es una actitud, en la que la devoción hállase teñida de envidia hacía todos los que tratan de penetrar el secreto en que esos tesoros han estado envueltos hasta ahora. Han considerado que no podían ser adquisición legítima, sino de personas que pasaran por las ordalias y pruebas usuales. El movimiento teosófico en la India, sin embargo, implica una ruptura de ese secreto. Las antiguas reglas han sido violadas bajo la responsabilidad de una autoridad tan alta, que los ocultistas que se encontraban trabajando en la obra no podían menos de someterse á ella. En muchos casos esa sumisión ha sido sólo superficial. Quien haya estado más al corriente de la historia y desarrollo de la Sociedad Teosófica que el enviado de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, ha podido observar, entre sus miembros indígenas más adictos, muchos cuya

fidelidad se debía sólo á los Maestros que servían y no á la idea á la cual esas personas se dedicaban, al menos mientras el movimiento tenía por fin demostrar que los fenómenos físicos anormales pueden producirse por los hindos avanzados en la ciencia oculta. Pero para tales gentes la idea de que los profanos europeos, tan indignamente admitidos, según ellos, en los arcanos íntimos del ocultismo oriental, están balbuceando en la creencia que ellos fueron enseñados, que no existía nada efectivamente en el ocultismo indio, y que el movimiento teosófico era un engaño y una ilusión de que no había que ocuparse más; esa idea ofrecía un encantador atractivo. Así la llegada á su medio de un joven, excesivamente confiado, venido de Inglaterra para ensayar el descubrimiento de los misterios ocultos con los métodos de un detective de Scotland Yard, exponiéndode á toda clase de menosprecio por su falta total de familiaridad con el tono y el carácter del ocultismo moderno, fue naturalmente para ellos una fuente de satisfacción inmensa. ¿Se imagina el comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas que los ocultistas indígenas de la Sociedad Teosófica en la India se hallan en este momento apesadumbrados bajo el juicio que ha pronunciado? Estoy muy seguro, por lo contrario, que la mayoría de ellos se ríen de esto. Puede que encuentren la situación un poco complicada en sus relaciones con sus Maestros, en tanto que conscientemente han contribuído al fácil extravío de Mr. Hodgson; pero el espectáculo cómico que Mr. Hodgson ofrece en su misma Memoria, donde le vemos almacenar frases inacabadas é indicar los puntos débiles del testimonio de algunos chelas hindos, contra los cuales hubiera comprendido mejor su tarea previniéndose, ese espectáculo comprendemos que ellos le hallaron divertidos (49)."

Tras la competencia, la honradez es para el investigador la condición más importante. ¿Tenía buena fe Mr. Hodgson? Ante todo, tengo el sentimiento de decir que hay una prueba convincente de todo lo contrario; un hecho que publiqué en Marzo de 1891, en una revista muy conocida de la época, Time, y que no tengo noticia que haya sido contradicho jamás, pues es muy cierto que es imposible de hacerlo.

Mr. Hodgson, en su Memoria, publica "un plano de la cámara oculta con el tabernáculo y sus alrededores" , según las medidas tomadas por R. Hodgson, ayudado por las declaraciones de testigos teósofos. En la página 220 Mr. Hodgson dice: «el adjunto esbozo sumario, hecho según mis propias medidas, indica las posiciones». El lector verá por qué he insistido sobre el hecho de que Mr. Judge, durante el verano de 1884, hizo tapiar el agujero y enyesar y tapizar después el muro. Si eso se efectuó, pues, en el verano de 1884, ¿cómo Mr. Hodgson pudo hacer el esbozo sumario de las posiciones según sus propias medidas en el verano de 1885? Puede preguntarse uno: ¿Cómo Mr. Hodgson pudo proporcionarse el plano? La contestación es sencilla. Mr. Judge nos la da: «yo hice -dice este último- un plano de los lugares en el estado en que fueron dejados por los Coulomb, y ese es el plano que ha plagiado Mr. Hodgson para su Memoria., queriendo hacer creer que es suyo y que le ha ejecutado sobre el terreno, teniendo ante su vista lo que pretende haber dibujado."

Todo lo que podía haber visto Mr. Hodgson era sencillamente una pared blanqueada. Reproduzco á continuación los comentarios que hice en Time sobre tan singular manera de proceder: "Me permito creer que el plagio del plano de otra persona, con las medidas de las cosas tomadas cuando ya no existían al visitar Mr. Hodgson á Adyar, no se ajustan á la mejor buena fe. Y el caso es que la terrible acusación contra Mad. Blavatsky descansa sobre el testimonio de ese hombre. La Sociedad de Investigacjones Psíquicas, que ha aceptado la responsabilidad de la Memoria, no tiene conocimiento alguno de los hechos aportados por Mr. Hodgson.

Todo descansa sobre su veracidad. Y éste publica el plano hecho por otra persona como suyo, y presenta medidas imaginarias de objetos que ya no existen.»

En tercer lugar ¿Mr. Hodgson era un hombre exacto ó precipitado ó negligente? Un ejemplo bastará sólo para mostrar la precipitación con que lanzaba sus acusaciones. Mr. Mohini M. Chatterji hace las sjguientes observaciones sobre las páginas 357-358 de la Memoria: «En pocas palabras, el fenómeno consiste en que oí al mismo tiempo dar voces, una la de madame Blavatsky y otra de otra persona, mientras que estaba sentado solo con ella en su cuarto, en la casa del difunto Mr. Nobin K. Bannerji, en Darjiling.» «A propósito de este incidente -dice Mr. Hodgson- no he de recordar al lector el boquete en el muro que estaba cerca del dormitorio de Mad. Blavatsky. El cómplice puede haber sido Baboula, á quien se le había dictado de antemano la respuesta, con una hoja de mango en la boca para disfrazar la voz.” En lo que concierne á esa hipótesjs, sólo he de recordar por mi parte al lector , que el incidente no se efectuó en Madrás, donde Mr. Hodgson examinó las habitaciones de Mad. Blavatsky, sino en Darjiling, en el Himalaya, muchos meses antes que]a casa de Madrás estuviese terminada ó se habitase. Dejo, pues, á los demás el cuidado de determinar qué luz cae sobre las conclusiones de Mr. Hodgson con semejante inexactitud, tras esa paciente y penetrante investigación, en la que se vanagloria de haber prestado siempre gran atención á los hechos" (50).

El primer punto señalado en la Memoria es la presencia de trampas y otras combinaciones en vista del fraude en los cuartos ocupados por Mad. Blavatsky en Adyar. Semejante presencia ha quedado suficientemente explicada en las páginas anteriores, deduciéndose con toda claridad que, si contrariamente á toda evidencia Mad. Blavatsky hubiera pensado emplear medios fraudulentos para efectuar los fenómenos, su utilización se habría realizado más adelante, puesto que no se hallaban disponibles cuando dejó la India en Febrero de 1884, ni estaban acabados ni útiles para el caso en Mayo de 1884, cuando se descubrieron. Pero si eso es verdad, y la verdad es que así está suficientemente probado, ¿qué significación tiene la detallada descripción de Mr. Hodgson á propósito de la complicada disposición por medio de la cual se establecía una comunicación entre la alcoba de Mad. Blavatsky y el interior del tabernáculo colocado en la cámara oculta? Se pretende que la parte superior del respaldo del armario podía girar. Mr. Hodgson no vió el armario y el Doctor Hartmann, que lo vió y examinó, dice que tenía un fondo sólido y fijo (51), lo que se encuentra confirmado por otras personas. Mr. Hodgson pretende que había un espejo colocado en el armario para ocultar la línea de separación. Nadie ha hablado de semejante espejo, pero había uno sobre un muro en ángulo recto con él, ocultando otra parte de pared movible que se podía ver desde luego en la sala exterior, donde había un boquete en el muro -este agujero jamás existió, como hemos visto- , tras el que se hizo una puerta corredera en la puerta tapiada del muro. Este es probablemente el agujero hecho en el tabique cuando se quitó la puerta. En fin, dice que se hizo una puerta corredera en el fondo del armario. Si alguien entraba en el armario, abría el fondo del mismo, su respaldo y la puerta corredera, á martillazos, por su puesto, para anunciarse, podía deslizarse en el espacio comprendido entre la puerta y el tabique -siendo un niño dispuesto á ahogarse- atravesar luego el boquete del tabique y levantar la parte superior del armario -que habría aparecido también así á los ojos del destinatario esperando su carta para explicarle los martillazos- coger el revés del espejo- colocado en el otro muro del cuarto -y ponerle de lado. Todo eso lo ha oído decir Mr. Hodgson al verídico Mr. Coulomb y á otra persona. Si Mr. Coulomb hubiera añadido que todo ello era según su propósito, desgraciadamente interrumpido en vías de ejecución, sería bastante probable. Mr. Coulomb había sido médium en el Cairo, y de gran reputación, y Mr. Coulomb pudo adquirir perfectamente en su servicio su habilidad de carpintero tan ingeniosa. Los Coulomb pueden también haber imaginado utilizar el tabernáculo, con su reputación asegurada, para los fenómenos, para ellos poder acrecentar sus escasos

recursos, pues Mad. Blavatsky nos dice cómo Mad. Coulomb se encolerizaba frecuentemente porque no quería mostrar ningún fenómeno por medio de dinero, ni producirlos para atraer algún regalo. Mad. Coulomb no llevaba bien que se descuidase ese medio tan fácil de llenar un tesoro frecuentemente seco, y es posible que la confección de los agujeros y de las puertas correderas se destinaran al uso exclusivo de los Coulomb, más para extraer substancias de los príncipes indios recalcitrantes, que para hacer un complot contra madame Blavatsky . En todo este asunto Mr. Hodgson no) hace sino repetir «Mr. Coulomb», no es un juez, sino el portavoz de un acusador, de un cómplice, convertido en testigo del ministerio público. «Mr. Coulomb declara», «una declaración de Mr. Coulomb», «según Mr. Coulomb», tales son sus repetidos asertos. Y las pruebas de los fraudes, fuera de esta fuente contaminada, no aparecen por ningún sitio. Para completar la evidencia que hay en esta parte del caso de Mr. Hodgson, ó de los Coulomb, pues son lo mismo, puede ser útil la declaración hecha por Mr. Gribble, «el caballero empleado por los misioneros como perito» en lo que respecta á las cartas falsas. Tras su publicación, visitó á Adyar para inspeccionar el «mecanismo de la impostura» que, según la declaración del Christian College Magazine, existe indudablemente, y está admirablemente dispuesto para la producción de los fenómenos de Adyar. Dos teorías son posibles en lo que á esto respecta: «o bien ha sido construído por Mad. Blavatsky, y empleado por ella para la producción de esos fenómenos, ó ha sido construído después de su marcha para desacreditarla.» Hay una tercera posibilidad, la que acabamos de sugerir, que puede haberse destinado al uso particular de los Coulomb en las frecuentes ausencias de Mad. Blavatsky. La falsedad de la primera teoría se ha probado, puesto que el muro y el respaldo del tabernáculo estaban intactos, antes y después que ella dejó á Adyar. La segunda teoría, por consiguiente, parece buena. Mr. Gribble dice: «Se me enseñaron también dos puertas corredizas y los paños que se dicen fueron construídos por Mr. Coulomb después de la partida de Mad. Blavatsky. Uno de esos paños está en la cámara llamada oculta, arriba. Los dos se han hecho sin que se haya tratado de ocultarlos. El primero está encima de una escalera de detrás, y consiste en dos puertas que se abren en una especie de estantes para libros.» Había una biblioteca contra el muro separando la cámara oculta de la sala exterior, y ese pañ0 tenía detrás un espejo colocado entre los dos cuerpos de la biblioteca, con un estante delante; este es probable que sea el espejo de que habló míster Coulomb á Mr. Hodgson, transportado al tabernáculo para las necesidades de la historia. Continuemos con Mr. Gribble: «Éste parece haberse instalado para poder poner los alimentos sobre los estantes interiores sin abrir la puerta (52). El otro departamento es paño escurridizo que se levanta (53), abriéndose y cerrándose con dificultad. Es, seguramente, de reciente construcción. En su estado actual es, desde luego, muy difícil efectuar ningún fenómeno por su mediación. Ninguna de esas dos estructuras se comunica con el tabernáculo, que está colocado sobre el muro que separa la cámara oculta de la alcoba inmediata (54).» Mr. Gribble parece haber sido un verdadero Balaam, llevado por los misioneros para maldecir á sus enemigos, bendiciéndoles en cambio.

Seguramente, ante esta aplastante evidencia de tantas fuentes, opuesta á la única declaración de Mr. Coulomb, transcrita por Mr. Hodgson, no deberíamos oir hablar más de fenómenos fraudulentos referentes al tabernáculo de la. cámara oculta de Adyar.

Se puede añadir un parágrafo final sobre esta parte del asunto: el tabernáculo no estaba fijo sobre el muro, como hemos visto, sino sencillamente colgado, para descolgarse con facilidad. Fuera de un pensionista de Bedlam, ¿quién, pues, hubiera elaborado un aparato complicado para producir con éllos fenómenos fraudulentos, dejándole luego colgado libremente delante del boquete, de manera que cualquiera viese de una ojeada el agujero por detrás, ó que levantándole descubriese todo el negocio? Aparte de eso,

Mad. Blavatsky iba rodeada de fenómenos por todas partes donde fuera, y el tabernáculo se hizo en 1883, después de su llegada á Adyar; pudo, todo lo más, emplearlo durante los meses que ella pasó allí, y su presencia no puede explicar los fenómenos acaecidos de 1874 á 1882, garantizados por personas respetables, americanas, europeas é hindas. Además, los fenómenos referentes al tabernáculo continuaron después de su marcha de Adyar para Europa. Es preciso, si se ha de dar crédito la Memoria de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, no sólo condenar á Mad. Blavatsky por impostura, sino condenar también á las personas respetables asociadas con ella durante todos esos años, como conjurados y farsantes. Pues aunque ellos fueran engañados mientras ella estaba presente, es menester que se convirtieran en activos cooperadores del fraude cuando ella se marchó.La segunda acusación de Mr. Hodgson refiérese á las cartas falsas confeccionadas por Mad. Coulomb, que pretendía haberlas recibido de Mad. Blavatsky. La única prueba de su autenticidad es la palabra de Mad. Coulomb y la opinión de dos peritos, MM. Netherclift y Sims. La opinión de estos señores pierde mucho valor por el hecho de que ambos, en lo que respecta al reconocimiento de la escritura de Mad. Blavatsky, han variado y se han contradicho á sí mismos. Mr. Hodgson les sometió la escritura que creía ejecutada por ella, y quedó «sorprendido al ver» que ambos no la creían su autora. y cuando la misma escritura «fue presentada de nuevo por él», Mr. Netherclift dijo que ella era la autora «sin duda alguna» y Mr. Sims tuvo también la amabilidad de cambiar de opinión.
El valor de semejantes opiniones de los peritos ha quedado bien demostrado en el proceso intentado por Mr. Parnell al Times.
The Times fue engañado, como lo fue Mr. Hodgson, por un hábil falsificador, y tuvo que pagar una gran suma por su confianza en peritos del tipo de Netherclift. Su testimonio fué considerado sin valor, y el falsario, convencido de fraude, lo expió públicamente suicidándose. Mr. Montagüe Williams, G. C. el eminente abogado, refiere un caso donde ese mismo perito, Mr. Netherclift y otro, juraron positivamente que cierto escrito lo había hecho un individuo, probándose luego que era de otro. El mismo abogado considera su testimonio sobre los escritos como desprovisto de valor, y dice: «Á mi juicio son absolutamente indignos de confianza» (55). Es, sin embargo, ese hombre absolutamente indigno de confianza, con su testimonio desprovisto de valor el que con vendría poner en la balanza con la abrumadora masa de testimonios, certificando la identidad evidente de la escritura de las cartas recibidas por mediación de Mad. Blavatsky y las que se han recibido sin ella. Frente á la palabra de Mad. Coulomb y á la opinión, sin valor, de los peritos, yo me limito á recordar las pruebas dadas anteriormente y me contento con dejar al público que juzgue.
La tercer acusación de Mr. Hodgson es que algunas cartas atribuídas al Mahatma Kut-Humi fueron escritas por madame Blavatsky ó en otros casos por Mr. Damodar. Por lo que respecta á este joven aristócrata hindo, puede decirse que abandonó á su familia, sus riquezas y sus amigos, y quedó fuera de casta, para consagrarse á un trabajo incesante y á dificultades de toda suerte por amor á la Sociedad Teosófica. Perdió todo por ella, y no ganó sino su Maestro. La ganancia , en verdad, ha sido un millón de veces mayor que la pérdida, si la ganancia era real. Pero en la hipótesis de que Damodar fuera cómplice de un fraude, entonces su Maestro no existe, y se pregunta: ¿Qué objeto se propondría? Un brahman de la clase superior no está dispuesto á vivir y comer con los europeos, á empobrecerse y á perder su casta por amor á ellos. ¿Es concebible que haya sufrido él para tomar parte en un .engaño que nada le reportase?
Por lo menos él creía muy fuertemente en semejante engaño pa ra dejar Adyar, cuando se convenció que Mad. Blavatsky no volvería, y viajar hacia el Norte, para hundirse en los desiertos del Himalaya y franquear sus desfiladeros cubiertos de nieve, con el fin de

encontrar la morada de aquel en quien creía. Esto es también lo que pasó fuera de la historia de la Sociedad.
Los peritos mencionados cambiaron de opinión en cuanto á la procedencia de las cartas que les sometieron á examen: dijeron primero que no eran de Mad. Blavatsky; luego, no satisfaciendo esto á Mr. Hodgs on, dijeron que procedían de ella. Contra su variable opinión se puede oponer la de Herr Ernst Sehutze, perito calígrafo de los tribunales de Berlín, que ha testificado bajo juramento que la carta del Maestro K. H. «no tiene la menor semejanza con la escritura de Mad. Blavatsky» y que ha escrito: «Debo aseguraros positivamente que si creéis que las dos cartas proceden de una misma y única mano, estáis en un crasísimo error». Mr. Hodgson ha hecho un minucioso examen de las cartas y cree que ella las ha escrito; docenas de personas llegan á la conclusión opuesta. Ante todo, en verdad, las dos escrituras son tan diferentes como pueden serlo, y cuando recordamos la enorme cantidad de cartas aparecidas por su mediación, es difícil concebir que haya podido escribir ella esas innumerables hojas manuscritas sin una falta, y de esa hermosa escritura, tan clara, que se parece tan poco á su caligrafía, y, que aun muy característica, está lejos de ser admirable. Pero la dificultad admirablemente insuperable que sale al paso á la teoría de Mr. Hodgson, es que las cartas de esa misma hermosa y delicada escritura han llegado á diversas personas por toda clase de procedimientos en los que Mad. Blavatsky no pudo en modo alguno tomar parte. Tales cartas fueron recibidas, y no por el correo, cuando ella estaba á muchas millas de distancia.
He citado así antes un gran número de casos en los que esa escritura fue recibida cuando era físicamente imposible que pusiera en ella sus manos. Tales son los verdaderos hechos presentados contra las suposiciones de Mr. Hodgson.
A falta de hechos, las presunciones sorprenden extrañamente al lector sensato por su carácter ácreo y sin fundamento: “Pudo haber ocurrido... es probable que se puede sospechar...que ésto ó que lo otro... quizás hizo...» He ahí las variaciones sobre las citas de los Coulomb. La única idea verdaderamente original de la Memoria es el motivo supuesto por Mr. Hodgson para los pretendidos hechos de Mad. Blavatsky. He aquí una dama rusa, cuya elevado nacimiento y alta posició n social son notorios, que juega un papel rídiculo en Europa, América y la India, á costa de su ruina financiera y social, "sin ganar en ello nada más que el ultraje y la calumnia, cuando pudo vivir lujosamente con una gran dignidad en su país. Mr. Hodgson rechaza la idea de una monomanía religiosa; admite que el provecho pecuniario no era su objeto, y rechaza la teoría de un “deseo morboso de notoriedad”. “Una conversación al azar” le abrió los ojos y le descubrió el secreto de su extraña carrera; se trata ba de un agente de Rusia, y “su objeto supremo era el progreso de los intereses rusos”. Esta docta conclusión es, quizá, la mejor norma de la capacidad de Mr. Hodgson, tanto más cuanto que está fundada en parte sobre “un escrito fragmentario que forma uno de los documentos Blavatsky-Coulomb” , un pedazo de papel, roto, recogido del cesto de Mad. Blavatsky por Mad. Coulomb.

V

Míster Sinnett destruye ese gran descubrimiento en una indignadísima protesta contra la Sociedad de Investigaciones psíquicas, por haber publicado, «con toda la autoridad que puede conferir la el procedimiento , una vana y monstruosa invención sobre Mad. Blavatsky , lanzada por Mr. Hodgson á la conclusión de su Memoria, para robustecer la dudosa evidencia en que descansa su hipótesis. Es evidente que hay muchas prevenciones contra la imputación de impostura y de engaño hacia una persona que, ante todo el mundo, ha consagrado su vida á una idea filantrópica, sacrificando de un modo manifiesto todas las consideraciones que suministran por lo general los móviles de la acción humana. Mr. Hodgson comprende perfectamente la necesidad de no atribuir á Mad. BJavatsky un motivo tan degradado como el que le hicieron creer los esposos Coulomb, de que era culpable, y triunfa de semejante dificultad imaginando que pudiera ser aquella un agente político de Rusia, trabajando en la India para fomentar una insurrección contra el dominio británico.

Poco le importa á Mr. Hodgson que ella haya hecho notoriamente todo lo contrario; que ella haya asegurado á los indígenas, de palabra y por escrito, en reuniones públicas y en cartas que pueden mostrarse, que á pesar de todos los defectos, el Gobierno inglés es, sin embargo, el que mejor se comporta en la India, y que en muchos respectos, desde el punto de vista de uno que habla con conocimiento de causa, haya dicho que el Gobierno ruso sería infinitamente peor. Poco importa á Mr. Hodgson que su vida se haya hecho *coram populo*, aun arrostrando el ridículo, desde el día que llegó á la India; que todas sus energías y todo su trabajo se hayan consagrado á la causa teosófica; que el Gobierno de la India, después de examinar la cuestión con detenimiento auxiliado por su policía, cuando visitó el país por primera vez, resolviera enseguida el enigma: abandonando los motivos de sospecha. Mr. Hodgson se preocupa muy poco de la risa que provocará su absurda hipótesis entre los que han conocido á Mad. Blavatsky . Se procuró por su guía y consejero, madame Coulomb, un trozo de escritura de Mad. Blavatsky, recogido al parecer hace muchos años y conservado precisamente para utilizarlo más adelante; un fragmento que trata de política rusa y que forma parte de un argumento indicador del avance de Rusia en el Asia central. Eso bastó al investigador psíquico, y el texto de semejante documento aparece en su Memoria para robustecer su escandalosa insinuación contra la integridad de Mad. Blavatsky.

"La explicación de ese papel es muy sencilla: evidentemente es un fragmento en borrador de una gran traducción de viajes al Asia central, ú otro título que llevase la serie del Coronel Grodekoff, que Mad. Blavatsky hizo á petición mía para el Pioneer, órgano del Gobierno indio, que yo dirigía entonces. No retrasaré la publicación de estas páginas para escribir á la India y procurarme la fechas en que aparecieron en el Pioneer la serie de artículos de Grodekoff. Duraron algunas semanas, y deberían publicarse en los últimos años del último decenio, hacia 1880. Escribiendo á los impresores del Pioneer, podría Míster Hodgson procurase, si el manuscrito de esa tradición se conserva, muchos cientos de páginas escritos por Mad. Blavatsky, llenos de la más ardiente anglofobia. Es más que probable que el fragmento cogido, del que está tan orgulloso, sea una página desechada de esa traducción, á menos que no se haya caído, lo que sería más divertido, de otras traducciones rusas que Mad. Blavatsky, lo sé perfectamente, hizo para, el Ministerio de Negocios Extranjeros de la India durante una de sus visitas á Simla, donde trabó conocimiento con algunos empleados de esa administración, y desempeñó algunos trabajos en sus servicios."

"Me atrevo á creer que si él no hubiera sabido que Mad. Blavatsky carecía de dinero para exigir una reparación ante los costosos tribunales de justicia inglesa, si no hubiera

estado hundida hasta el cuello en ese olor de misterio psíquico tan desagradable á los tribunales de justicia inglesa, el comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no hubiera juzgado oportuno acusarla en un documento público de una conducta infame que, aunque la hubiera observado, la convertía en enemigo público en su país de adopción, y en objeto de desprecio ante las gentes honradas, yeso por la loca sugestión de un investigador particular que, habiendo inútilmente buscado una explicación para ciertas conclusiones que sin concatenación de circunstancias pedantescas no podían ofrecer verosimilitud" (56).

Era positivamente una parte de la traducción de los viajes de Grodekoff lo que Mr. Hodgson había recibido de Mad. Coulomb. Tal es el solo móvil que Mr. Hodgson pudo descubrir para los fraudes de que la acusa, y que es fácil comenzase en América el 1874. Si esa Memoria debe sobrevivir, gracias á su conexión con la noble mujer á quien calumnia, seguramente en los siglos futuros la acusación de Mr. Hodgson les producirá una risa inextinguible y las gentes se admirarán de la locura de aquéllos que han concedido algún crédito á ese joven. La Memoria de Mr. Hodgson fué presentada á su comité compuesto de M. M. E. Gurney, F. W. H. Myers, F. Podmore, H. Sidgwick y J. H. Stack, y esos señores, el 24 de Junio de 1885, dijeron que aprobaban las conclusiones de la misma. La Memoria fué publicada en el número de Diciembre de los Anales de la Sociedad. Mister Sinnett comenta con fuerza, pero no lo bastante, la profunda injusticia de la acción del comité; y en verdad es difícil comprender la historia, sin embargo, ¿no está llena de injusticias semejantes contra los que se adelantan á su época?) cómo personas como las que acaban de nombrarse han podido prestarse ellas mismas, y dejar arrastrar á su Sociedad á un acto tan injusto y cruel como la publicación de esa infame Memoria.

"Yo considero -dice Mr. Sinnett- á los miembros del comité de la Sociedad de Investigaciones, es decir, á los Sres. E. Gurney, F. W. H. Myers, F. Podmore, H. Sidgwick y J. H. Stack, muy censurables por haberse atrevido á pronunciar un fallo sólo por la luz de sus reflexiones personales sobre la grosera y engañosa Memoria que les ha suministrado Mr. Hodgson, y que este último no lo es tanto por su piadoso desprecio sobre los problemas que desde el comienzo no podía meramente abordar. Les hubiera sido muy fácil escoger á varias personas de Londres, calificadas por una gran experiencia en el movimiento teosófico, y pedirles una contra-memoria prima facie sobre el ataque hecho contra la autenticidad de los fenómenos, antes de pronunciar sobre el conjunto de la acusación un juicio formal destinado á publicarse. Todos hemos oído hablar de causas en que los jueces han encontrado completamente inútil citar á defensa; pero eso ocurre por lo general en los casos en que los jueces han acordado que no había lugar al procedimiento. El comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas nos ofrece probablemente un ejemplo, sin precedente en los anales judiciales, al rehusar oír la defensa, so pretexto de que la información había sido convincente. Sus miembros incubaron en secreto la Memoria de su enviado, no consultaron á nadie que pudiera abrirles los ojos sobre el defectuoso método de trabajo seguido por Mr. Hodgson, y para rematar la Investigación muy independientemente, denunciaron como una de las mayores impostoras de la historia á una dama tenida en la más alta estima por un considerable número de personas, incluso antiguos amigos y deudos de un carácter sin tacha, que habían positivamente abandonado su posición y sus comodidades por muchos años de lucha al servicio de la causa teosófica en medio de privaciones y de injurias» (57). Mister Sinnett habla con desdén en lo que respecta al ataque contra él que le hace la Memoria, de «ese catálogo lleno de menudas conjeturas que Mr. Hodgson ha reunido en su Memoria, abusando de la hospitalidad que le ofreció el Cuartel general de la Sociedad Teósofica, en Adyar, haciendo sospechar á los cándidos

representantes del movimiento en Madrás que abriendo á su inspección sus corazones y sus anales, daríanle un acceso más libre á sus habitaciones y á sus periódicos, persuadiéndole mejor de la sencilla lealtad de sus vidas y harían que rechazase la idea, como inverosímil, de que sufrían la miseria y el sacrificio sin otro objeto que propagar una vana ilusión y engañar cruelmente á sus mejores amigos” (58).

Es inútil decir que la publicación de los Anales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas levant6 una terrible tempestad: por un tiempo pareció que la Sociedad Teosófica iba á perecer. No sólo el gran público, siempre dispuesto á creer lo malo, acogió con satisfacción la idea de que las maravillas superfísicas eran fraudulentas, sino que muchos miembros se separaron de la Sociedad. Mad. Blavatsky escribía: «Nuestros miembros, influidos por Hodgson y Hume, comienzan á perder ó han perdido confianza en los fundadores. Las faltas que han cometido -dicen- prueban que no estamos protegidos por los Mahatmas. ¿No es eso? y se señala como principal falta de ella el haber recibido y sostenido á los Coulomb durante cinco años.

¿Cómo, preguntan, han podido permitir los Mahatmas eso, sabiendo quiénes eran semejantes malvados, y previendo las cosas como las preven? Tanto valdría acusar á los primeros cristianos por creer en el Cristo y en sus fenómenos, cuando tuvo á Judas tres años entre sus discípulos, para ser traicionado por él, y gracias á él crucificado.”

“Alimenta, ha dicho Buddha, aun á la serpiente hambrienta, sin temor á su mordedura. Ayuda á los espíritus hambrientos (pisachas); no rehuses hospitalidad al que no tenga casa, ni des de comer al que tiene hambre, por miedo á que no te lo agradezca y te robe ó te mate.” He ahí la política de los Mahatmas. El Karma de los Coulomb les pertenece á ellos, como el nuestro á nosotros. Estoy pronta á empezar de nuevo. Hay períodos de prueba para las Sociedades como para sus individuos. Si estos últimos desprecian á los Mahatmas y á su política, su falta es de ellos, pero no nuestra. Los Maestros no intervienen en el Karma.”

De todas las acusaciones lanzadas contra ella, la que más profundamente le hirió en lo más Íntimo y en su dignidad fue la perversa alegación de Mr. Hodgson, de que era una espía rusa; y dijo que si no se le permitía procesarle por difamación, no volvería á la India, y en efecto, no volvió. Mr. Sinnett, que estuvo valientemente á su lado desde el principio de la tempestad, reprodujo una protesta de su pluma en su obra The Occult World Phenomena. Héla aquí :

PROTESTA DE MADAME BLAVATSKY

La Sociedad de Investigaciones Psíquicas ha publicado la Memoria hecha para uno de sus comités por Mr. Hodgson, el agente enviado á la India para investigar la naturaleza de algunos fenómenos efectuados en el Cuartel general de la Sociedad Teosófica en la India, en la producción de los cuales he sido directa ó indirectamente mezclada. Semejante Memoria me atribuye el conspirar con los Coulomb y muchos hindos para imponerles la credulidad de di versas personas de mi círculo, por medios fraudulentos, y declara auténtjca una serie de cartas que se dicen escritas por mí á Mad. Coulomb, á propósito de esa pretendida conspiración; esas cartas yo las he declarado en gran parte falsas. Cosa rara; desde el momento en que la investigación comenzó ha catorce años, hasta el presente, de que se me ha declarado culpable por los que se han constituido en mis jueces, no se me ha permitido ver esas cartas aplastantes. Llamo la atención sobre este hecho de todo inglés imparcial y honrado. Sin detenerme ahora en un minucioso examen de los errores, inconsecuencias y tergiversaciones de esa Memoria, quiero dar la mayor publicidad posible á mi enérgica é indignada protesta contra las groseras

salpicaduras con que he sido manchada por el comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas á instigación del único inquisidor incompetente y desleal, cuyas conclusiones ha aceptado. En la presente Memoria no hay una acusación contra mí que pueda sostener una investigación imparcial sobre el terreno, donde mis propias explicaciones podrían comprobarse por el examen de testigos. Todas se han desarrollado únicamente en la mente de Mr. Hodgson, ocultándose á mis amigos y colegas mientras ha estado en Madrás, abusando de la hospitalidad y del auxilio que se le dispensó sin reserva para sus investigaciones en el Cuartel general de Adyar, donde tomó la actitud de un amigo, aunque ahora ofrezca como embusteras y engañador as á las gentes con las que ha estado en relación.

Las acusaciones presentadas mantiénense de un lado solamente por las pruebas reunidas por él, y cuando el tiempo pasó en que pudo confrontarlas con las contrarias y con los argumentos que no podía suministrarle el limitado conocimiento del asunto que ha tratado de atacar, Mr. Hodgson se ha constituído sobre todo en acusador y fiscal, y estando dispensado de la defensa en las transacciones confiscadas que examina, me encuentra culpable de todos los hechos que me ha imputado como juez, y declara que mi archimpostura es un hecho.

El comité de la Socie dad de Investigaciones Psíquicas no ha dudado en aceptar en substancia el juicio general pronunciado por Mr. Hodgson, y me ha insultado públicamente al dar su opinión favorable á las conclusiones de su agente, opinión que descansa sólo en la Memoria de su único enviado.

En todas partes donde pueden comprenderse los principios de caballerosidad y el generoso celo por la reputación de personas difamadas, creo que la conducta del comité se mirará con un sentimiento muy parecido á la profunda indignación que siento. No dudo que en un momento dado otros escritores descubrirán la indagación elaborada pero mal dirigida de Míster Hodgson, su precisión afectada que derrocha una paciencia infinita en las nonadas y cierra los ojos á los hechos importantes, sus contradicciones y su incapacidad manifiesta para tratar de problemas como el que ha intentado resolver. Muchos amigos que me conocen mejor que el comité de Investigaciones de la Sociedad Psíquica permanecerán indiferentes á las opiniones de esa compañía, y debo a bandonar en sus manos mi maltratada reputación; pero hay un pasaje en esa monstruosa Memoria al que debo, por lo menos, responder por propia cuenta.

Comprendiendo muy bien el evidente absurdo de sus conclusiones sobre mí, tanto que no justifican ningún motivo que explique teóricamente la consagración de mi vida á mi obra teosófica al precio de la situación que me aseguraba la naturaleza en la Sociedad de mi país, Mr. Hodgson ha tenido la villanía de verter la suposición de que soy un agente político de Rusia, que he inventado un falso movimient0 religioso para minar el Gobierno inglés en la India. Para justificar esa hipótesis sírvese de un antiguo fragmento de mi escritura, aparentemente suministrado por Mad. Coulomb, en el que no ha sabido reconocer lo que es: un párrafo de una traducción que hice para el Pioneer de unos viajes rusos al Asia central. Mr. Hodgson ha lanzado contra mí esa teoría en su Memoria, que los señores de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no se han avergonzado de publicar. Hace cerca de ocho años que me naturalicé ciudadana de los Estados Unidos, lo que me hizo perder todo derecho á mi pensión anual de 5.000 rublos como viuda de un elevado funcionario ruso; he levantado constantemente la voz en la India para decir á mis amigos indígenas que, si malo me parece el Gobierno inglés en ciertas cosas por su falta de simpatía, el Gobierno ruso sería mil veces peor; he escrito en ese sentido á los amigos hindos antes de dejar la América en 1879; quien esté al corriente de mi objeto, de mis costumbres, de la vida poco rara que he llevado en la India, sabe que no he tenido gusto ni inclinación por ninguna clase de política, porque

todas me son antipáticas profundamente; el Gobierno de la India, que á mi llegada al país sospechaba en mí un espía porque era rusa, no tardó en abandonar su inútil espionaje, y no tuvo después, que yo sepa, el menor motivo para sospecharlo; en presencia de semejantes hechos la teoría del espionaje que Mr. Hodgson ha resucitado del sepulcro donde estaba enterrada hacía tiempo por el ridículo, no servirá sino para ofrecer sus conclusiones sobre mí más extravagantes y estúpidas que le hubieran sido sin eso, en la estima de mis amigos y de cuantos me conocen de veras.

Pero viendo ese carácter de espía con el disgusto que puede sentir sólo un ruso que no lo es, siento un impulso irresistible de repudiar la vana é infame calumnia de Mr. Hodgson con un desprecio más concentrado aún que el que me parece merecer su manera de proceder, y el que merece igualmente el comité de la Sociedad á que sirve. Al adoptar sus absurdos en conjunto, ese grupo evidencia que está compuesto de personas poco aptas para explorar los misterios de los fenómenos psíquicos que no hubiera creído pudieran encontrarse entre las personas cultas de Inglaterra, en la actualidad, según todo lo que se ha escrito y publicado sobre el asunto en estos últimos años.

Mr. Hodgson sabe bien, y sin duda el comité participa de esa convicción, que está al abrigo de una querella por difamación, porque no tengo dinero para emprender un pleito costoso, habiendo dado todo lo que tenía á la causa que sirvo, y también porque mi reclamación entrañaría el examen de misterios psíquicos de que no puede ocuparse lealmente un tribunal de justicia, y además porque hay cuestiones á las que me he comprometido solemnemente á no responder; si una indagación legal sobre esas calumnias sacase inevitablemente esas cuestiones á la superficie, mi silencio y mi negativa á responder sobre ella se interpretarían como desprecio al tribunal. Este estado de cosas explica el desvergonzado ataque contra una mujer sin defensa, y la inacción á la que estoy tan cruelmente redudida en presencia del mismo. -H. P. BLAVATSKY.-14 de Enero de 1886.»

Hay una política que ella no quiso tolerar jamás en lo que concierne á los Maestros á los fenómenos efectuados por su mediación y á las comunicaciones procedentes de ellos: es la que consiste en tratar de separar lo oculto de la filosofía, en esquivar la crítica y la hostilidad de un mundo ignorante exaltando la filosofía á expensas de lo oculto. Obrar así, ha declarado ella repetidas veces, era ir á la destrucción de la Sociedad. Tenía una triste conciencia de la deslealtad con que había sido tratada, y de la manera cómo muchos teósofos consentían en sacrificarle á la multitud, aprovechándose de sus enseñanzas y declarando que la Sociedad Teosófica tenía fundamentos propios y podía continuar existiendo aunque á ella se la considerase como un impostor. Para protestar contra eso escribió desde Suiza á Adyar, que estaba pronta á sacrificar su vida y su honor por amor á la Sociedad; era la muerte para ésta si se abandonaban como imposturas las manifestaciones de los Maestros y sus comunicaciones; ella citaba aprobándoles «á los que sostienen que la Sociedad Teosófica menos los Maestros es un absurdo; y que siendo el único medio para comunicarse con los Maestros y extender su filosofía, si yo no continúo trabajando para la Sociedad, la Sociedad morirá» . Constantemente afirmó que la Sociedad no era digna de vivir, sino siendo garante y como un canal de la enseñanza de los Maestros, y ella no se tomaba cuidado sino para hacerla un adecuado instrumento para cumplir su obra en el mundo.

Lo que fue H. P. Blavatsky, quizá lo sepa el mundo algún día: era de estatura heroica, y las almas más pequeñas sentían instintivamente su fuerza y su naturaleza de titán. Sin cuidarse de las preocupaciones y de las apariencias, franca hasta parecer imprudente, eso que la generalidad estima como prudencia, demasiado honrada para fijarse en las debilidades ajenas, exponíase continuamente á la crítica y á la no comprensión. Llena de fuerza intelectual y conocimientos extraordinarios, era humilde como un niño. Valiente

hasta la intrepidez, estaba llena de piedad y de ternura. Indignábase con pasión cuando se la acusaba de faltas que menospreciaba y tenía una gran generosidad y un perdón para concederlo en seguida hacia el enemigo arrepentido. Tuvo cien virtudes espléndidas y algunos defectillos. Quizás el Maestro, á quien sirvió con un brío inquebrantable, con una devoción sin decaimiento, nos envíe de nuevo al Hermano que, conocéis con el nombre de H. P. B. , y nosotros, bajo otro.

Los Maestros y la Sociedad Teosófica

(Alocución del Presidente de la S.T., Annie Besant, en la convención de la Sección Americana, celebrada en Septiembre de 1907)

HERMANOS:

Nos hallamos en una fase importante de la historia de la S. T. , que señala para ella el comienzo de un nuevo ciclo de vida. En 1891, H. P. B. , el discípulo escogido por los Hermanos de la Logia Blanca para emprender una misión mundial y comunicar á la humanidad un nuevo impulso espiritual, abandonó esta tierra. Fue para nosotros una gran pérdida; pero nos quedó su colega y fiel colaborador, fundador con ella de la S. T., discípulo también del mismo Maestro y hombre escogido por él para ser el Presidente vitalicio de la Sociedad, vuestro compatriota H. S. Olcott. Mientras estuvo entre nosotros, personificó la tradición de la Sociedad, y tuvo desde su nacimiento la vigilancia y el cuidado de dirigir su desarrollo. La Sociedad se acrecentó alrededor suyo, y él quedó siendo el centro, aunque su colega le dejó sólo.
Hace poco también nos ha abandonado él. El primer ciclo de la S. T. se ha cerrado. Desde 1875 á 1907 ha vivido bajo la presidencia de un hombre directamente nombrado por los Maestros, los verdaderos fundadores de la Sociedad. Esta ha pasado durante ese tiempo, por muchísimas vicisitudes; muchos miembros, débiles ante los ataques lanzados contra H. P. B. por los misioneros cristianos de Madrás por medio de los Coulomb, se retiraron, y la Sección Americana se separó de raíz por la escisión de W. Q. Judge, su Secretario general, al que siguieron la mayoría de los miembros americanos.
Recordemos, con reconocimiento, la fidelidad de Mr. Fullerton y de Mad. Buffington Davis, que pasaron la tempestad sin dejarse amilanar por ella, como muchos miembros de la Sección Americana. A esas dos grandes catástrofes se añadieron para el coronel Olcott otras dificultades secundarias. Su situación en el cuartel general de la Sociedad llegó á ser, en cierto momento, tan intolerable, que sólo la enérgica intervención de H.P.B. le impidieron que dimitiese. Sufrió oposiciones tan mezquinas, y tales acusaciones de tiranía y de abuso de poder, que tomó el mismo con disgusto. Sólo la disolución del Comité de investigación le permitió continuar en la presidencia, y la Sociedad, aleccionada por la experiencia, le devolvió, sin condiciones, sus destinos.
A pesar de semejantes dificultades, la Sociedad no cesó de acrecentar su número y su influencia, y jamás, como en el momento en que el coronel Olcott debió por un tiempo abandonar el mundo, llegó á un grado tan alto.
Detengámosnos un instante y consideremos el carácter de la S. T. , tal como está expuesto en nuestros documentos impresos y manuscritos. La organización abarcaba tres secciones: la primera estaba formada por los mismos «Hermanos Mayores», fundadores, guardianes y protectores de nuestra Sociedad. La segunda comprendía sus discípulos, así como las personas aceptadas como chelas por H. P. B. y sus alumnos directamente instruídos por ella. y la tercera sección, todos los miembros ordinarios de la Sociedad formando el cuerpo exotérico.
Encontramos en el origen, en los estatutos, la constitución en tres secciones, comprendiendo cada una tres grados. El miembro tenía que llenar, á medida que se alejaba de los grados exteriores, condiciones cada vez más rigurosas. El reglamento de la S. T. , tal como quedó después de la revisión del 17 de Febrero de 1881 en Bombay, dice de esas secciones: «Es inútil que la manera de administrar las dos secciones superiores se exponga ahora en un reglamento público. Para las personas que no deseen

ser sino simples miembros, las responsabilidades que aparejan los grados superiores no existen».
Durante los siete primeros años de la Sociedad, sus verdaderos fundadores, los Maestros, la han hablado con frecuencia. Uno de ellos declara que, antes de la fundación de la S. T ., escogieron á H. S. Olc ott para dirigir el movimiento entonces en preparación, y le asociaron á H. P. B., que enviaron á América para su encuentro, aceptando ambos la tarea que se les confiaba. Llama á la Sociedad «nuestra nave teosófica» , y de sí mismo dice que tiene «autoridad á bordo». Expresa el temor de que los Maestros no deben desaparecer por algún tiempo, salvo para una minoría fiel (los sucesos han probado que este temor era fundado), pero que más tarde, un nuevo esfuerzo se intentaría para ayudar á la Sociedad. Igualmente vemos que el segundo de los Maestros que siguen de cerca el movimiento de la Sociedad, no pone en duda sus intenciones para guiarla. En una carta citada en The Path, tomo VII, pág. 334, ha dicho: "La S. T. ha sido escogida para servir de piedra angular y de fundamento á la futura Religión de la Humanidad. . . Se espera que nosotros, humildes discípulos de los Lamas perfectos, no permitiremos á la S. T. despojar de su titulo más noble, el de Fraternidad Humana, para convertirla en una simple escuela de filosofía. Como ya he dicho, nuestra Sociedad no es una sencilla escuela destinada al estudio intelectual del ocultismo".
Llama á H. P. B. y al coronel Olcott «nuestros representantes actuales». «Vamos á ocuparnos -dice- de cuestiones más importantes que la supervivencia de pequeñas Sociedades. Sin embargo, la S. T. no debe ser descuidarla.»
H. P. B. manifiesta que esta manera de considerar la Sociedad fue siempre su norma de conducta. En The Path, de Diciembre de 1888, habla así de la Sociedad, «formada conforme á su deseo, y colocada según sus órdenes».
En el Theosophist, volumen III, pág. 243, escribe: «Nuestra Sociedad ha sido fundada según las indicaciones directas de los Adeptos hindos y tibetanos, y al venir á este país (la India), no hemos hecho sino ajustarnos á sus deseos.»
Contestando á su amiga la condesa de Wachtmeister, en 1851, le decía que su Maestro le había hecho saber que la había esc0gido para dirigir una Sociedad. Y en 1873 escribía que había sido enviada de Rusia á París, y en Junio del mismo año á América. En Octubre de 1874 recibió orden de ir á Chittenden, y allí encontró al coronel, corroborando así lo que el Maestro le había escrito de su propia mano.
En 1886 informó por carta de estos hechos al Dr. Hartmann. En una carta fechada en 6 de Diciembre de 1887, habla de la "Sociedad creada por los Maestros, nuestros Mahatmas", y dice en la misma: "El Maestro me envió á los Estados Unidos, á fin de ver lo que tenía que hacer para poner fin á la necromancia y á la magia negra, practicada por los espiritistas. Fuí dirigida á V. (escribe á Olcott) para cambiar ideas, y así lo hice. La Sociedad se ha formado, pues, gradualmente, unida á la más antigua de las escuelas de filosofía oculta existente en el mundo, y se ha encargado de dar algunas noticias de su Doctrina Secreta. Para formar precisamente tal escuela es para lo que se manifestó Gotama últimamente. Semejantes enseñanzas no podían hacerse de repente, sino de un modo gradual. »
El 27 de Junio de 1884, en una carta fechada en Elberfeld, dice también: "Habiendo contribuído á la fundación de nuestra S. T., constituída según el deseo de nuestros Maestros…"
Desde luego no duda en reivindicar con energía su cualidad de sierva de los Maestros, y pide ser reconocida como tal. Cuando, después de las acusaciones de la Coulomb, los jefes de la S. T. no la apoyaron en la medida que debieron hacerlo, les habló del peligro que corrían de ver á los Maestros abandonar por completo á la S. T. porque no admiten

la ingratitud». Ella añadía que su deseo de rehabilitación no lo sostenía «por orgullo egoísta, sino por ser su enviada. Cualesquiera que sean mis faltas, yo soy su agente, é insultándome como talla Sociedad, les insulta á Ellos». y luego: «Estoy pronta á desaparecer, Olcott. Solamente, amigo mío, recordad lo que os digo: que conmigo desaparecerán los Maestros.» Así escribía al coronel Olcott en 11 de Abril de 1885.
Los Grandes Hermanos se descontentaron por la actitud tomada respecto de H. P. B.
Si algunos miembros permanecieron fieles, la mayoría no osó mantener abiertamente el estandarte del ocultismo. En el acta de una conversación entre su Maestro y H. P. B., se le atribuyen las siguientes palabras: «La Sociedad se ha sustraído á nuestra dirección y á nuestra influencia; la dejamos hacer; no queremos esclavizar á nadie... Ahora es un hueco sin alma, una máquina que hasta ahora ha funcionado bien, pero que caerá en pedazos el día en que... De los tres objetos no se tiene en cuenta sino el segundo; no es, ni una fraternidad, ni una reunión de hombres sobre la que se cierne el Espíritu que reina más allá de los Grandes Montes.»
La primera sección cesó, y los grandes Maestros cesaron ya de dirigir la Sociedad exotérica. La segunda sección cesó también como grado de la Sociedad, aunque H. P. B. continúe instruyendo alguno de sus miembros. A fin de 1888, la fidelidad testimoniada por muchos de los miembros hacia H. P. B., justificó un nuevo esfuerzo para ser auxiliada, y la sección esotérica se constituyó por una orden ejecutiva, datada en Octubre de 1888, pero sin unir la oficialmente á la sociedad exotérica. El coronel Olcott declaró que dió á conocer esta orden para obedecer á una carta recibida por él de su Maestro en pleno Océano.
La orden apareció en Lucifer, en 15 de Octubre de 1888, con la siguiente advertencia:
«Un gran número de miembros de la Sociedad, sintiendo la necesidad de formar un grupo de estudiantes esotéricos, cuya organización fuera parecida á la del principio, organización debida á los verdaderos fundadores de la Sociedad, obtiene la siguiente orden, que ha sido dada por el Presidente fundador. »
No tengo necesidad de decir que en esa época todo el mundo estaba de acuerdo respecto á los verdaderos Fundadores de la S. T.; viviendo H. P. B. y el coronel, nadie puso en duda el origen de la Sociedad. Esta manera de ver fué resumida en 1892, en una comunicación suscripta por W. Q. Judge y por mí, y dirigida al círculo interior de la Sociedad. He aquí un extracto, y se verá la opinión tradicional hoy rechazada por algunos miembros de la S. T .
«Fundada por 0rden de los Maestros, recibiendo de Ellos su verdadera vida, no es comparable como Sociedad á ninguna organización del mundo. Como ha dicho H.P.B., cada miembro de la Sociedad se une á los Maestros por un hilo sutil de relación magnética, y cada uno puede, gracias á ese hilo, aproximarse á Ellos, ó bien dejarle que flote inútil, expuesto á todos los choques y á que se destruya finalmente. Todos los que entre vosotros han podido leer los mensajes dirigidos á los miembros más antiguos de la S. T. , saben cuán real es ese lazo, y qué carácter tan serio se atribuye á la cualidad de miembro. La falta de valor y de fidelidad, el desconocimiento de la autoridad de los Maestros, la falta de adhesión, debilitaron el ideal en el primer momento, si bien de una manera general la S.T. pudo volver á tomar la mano de los Maestros.
H. P. B. se sacrificó por la Sociedad y la salvó de una ruina completa. En fin, se decidió á hacer un llamamiento abiertamente á un grupo que había existido siempre en el seno de la S. T., á fin de que metódicamente organizado, pudiese por su influencia volver la Sociedadá sus principios y asegurar su redención.»
Cómo no ver sin un profundo disgusto á Mr. Sinnett, el último Vicepresidente, á quien la Sociedad debe tanto por haber recibido las enseñanzas de los Maestros, transmitidas por H. P. B., engañado por perniciosas influencias, tomar resueltamente el partido de

repudiar esta manera de comprender la Sociedad, pese á los documentos que son su base, tratando de reducirla á un movimiento fortuíto, organizado sin autoridad y la dirección de los Maestros, por la sola iniciativa de H. P. B. y de H. S. O., Mr. Sinnett debía, inevitablemente, llegar á eso, no admitir que los dos Maestros, los verdaderos fundadores de la Sociedad, se aparecieran en su lecho de muerte á su fiel servidor el coronel Olcott, cumpliendo así su promesa hecha en 1882 de que se haría un nuevo esfuerzo para ayudar á la Sociedad.

Para todos los que han estudiado la historia de la S. T. , nada más natural y nada menos inesperado que la bendita manifestación á la hora señalada para la Sociedad, en el comienzo de un nuevo ciclo, por los mismos seres que habían presidido su nacimiento. Abandonar á su servidor moribundo, no ayudar á la Sociedad á pasar de la fase primitiva á la nueva fase. Abstenerse -los que nombraron al primer Presidente- de expresar una opinión que pudiera ayudar á la Sociedad para ejercer por primera vez en la nueva elección presidencial, la libertad de su elección, dejar á la S. T. abordar su segundo ciclo de vida sin su bendición, he ahí lo que hubiera sido ilógico é increíble. Extraño ejemplo de la rapidez con que pueden perder una fe viva aquellos que la profesan; las mismas personas que habían aceptado los fenómenos de H. P. B. y las primeras apariciones de los Maestros en New-York, Bombay, Simla, Adyar y otros sitios sobre el único testimonio del coronel Olcott, rechazan algunos años más tarde ese mismo testimonio, corroborado, sin embargo, por las afirmaciones de tres personas más; pues eso es un hecho. La libertad de opinión fijada en nuestros estatutos permite desde luego no aceptar ninguna manifestación hiperfísica que, sin embargo, han servido de base á la Sociedad, probando]a existencia de las leyes que no ha cesado de proclamar.

La S. T. se encuentra en presencia de un problema serio que los sucesos recientes obligan á resolver. La Sociedad, se ha dicho, no tiene un código moral. La afirmación de este principio constituyó uno de los grandes cargos que determinaron la expulsión de Mr. Jinarajadasa. Luego ha sido afirmado por mí, después por Mr. Mead, Mr. Fullerton, y ahora es, en general, aceptada pura y sencillamente como un hecho. Pero la cuestión ¿la Sociedad debe tener un código moral? exige una respuesta inmediata. No es sino sobre este punto donde hay en la Sociedad dos campos, en el que uno piensa que el vicio impide y que la virtud activa el advenimiento de una fraternidad universal, y en el que otro acepta ó no ese axioma. Todos estamos de acuerdo y deseamos vivamente elevar el nivel moral de la Sociedad, ofreciéndola al mundo como un excelente modelo. Nadie mira la moralidad con indiferencia, ni se contenta con principios dudosos. Todos reconocemos la extrema importancia de la moralidad, que la Sociedad no puede existir si es incapaz de conducir sus miembros á una vida irreprochable, y que toda mala acción cometida en nuestras filas envenena las fuentes mismas de nuestro ser. Nuestras opiniones difieren sólo en un punto: «¿Nuestro ideal moral, debe asegurarse por disposiciones penales? sí ó no. » Algunos de nosotros piden no un código moral, sino un código penal. y el método habitual en este mundo es imponer la moralidad por temor al castigo, y como ese castigo no puede pronunciarse sino contra las infracciones más flagrantes cometidas contra la ley moral, el legislador está obligado á contenerse en un nivel moral muy inferior, dejando impunes ciertos actos inmorales extremadamente perniciosos.

Ningún hombre virtuoso encuentra su moralidad suficiente si no es superior á la medida alcanzada por el código penal del país que habita.

La mayoría de las religiones tienen un código moral, algunos ordenamientos, como los diez mandamientos del judaísmo, ó los cinco preceptos del buddhismo. Pero á mi saber,

ninguna de esas grandes religiones posee un código penal cuya sanción sea la expulsión. Por lo contrario, miran como su primer deber no expulsar á los pecadores, y procuran traerlos nuevamente al bien. Algunas religiones pronuncian la exclusión ó la excomunión. Respecto á ciertas ceremonias, no es probable que la S. T . desee imitar esos ejemplos. Las religiones dejan al brazo secular el cuidado de castigar, tratando menos de expulsar que de reformar y purificar. ¿La S. T. se rebajará hasta el nivel moral común de las diferentes Iglesias? ¿Proclamará la necesidad de proveerse de un código criminal?

Formando el núcleo de una fraternidad universal, no debemos de omitir de tratar fraternalmente al criminal, guardándonos de expulsarle, gritando «¡fuera de aquí, nosotros somos más santos que tú!» Deberíamos, por nuestra conducta irreprochable, crear en la Sociedad un tal ambiente de pureza moral que imposibilitara á los más abyectos de permanecer en él. En los animales, el enfermo es atacado, se le mata ó se le persigue por miedo á que el contagio se apodere del rebaño. Entre los salvajes, los enfermos son expulsados de la tribu, ó se les deja morir solos. En las naciones cultas, se les cuida con solicitud y se les vuelve la salud perdida. ¿Debemos tratar á nuestros miembros, atacados de enfermedades morales, como tratan á los enfermos las bestias y los salvajes, ó como los pueblos cultos? ¿Es mirar el mal con indiferencia si no se le vence con nuestros cuidados?

Establecer entre nosotros un código penal sería la negación de la fraternidad y la afirmación de la herejía, de la separatividad, esa separatividad que nos esforzamos todos en destruir. Para la espiritualidad no hay separatividad; ella proclama la unidad de todos. Seremos tanto más espirituales cuanto más nos sintamos con los demás, así santos como pecadores.

Todos aspiramos á sentir nuestra unidad con los Dioses, con los Cristos y con los Santos, pues no hay una unidad incompleta. Sólo están con los seres superiores aquellos que son uno también con los degradados. Un espíritu cada uno de nosotros, y así los pecados de nuestro hermano son nuestros pecados, y su venganza nuestra venganza. Nuestros Hermanos Mayores, los Maestros de Compasión, descienden hasta nosotros, los más jóvenes, para ayudarnos á subir. ¿Con qué expresión de dolorosa tristeza no deben mirarnos cuando tomando febrilmente sus manos para subir más de prisa empujamos con el pie á los que son más jóvenes que nosotros?

¿No nos dirán, si caemos en el obstáculo colocado á nuestro paso «aunque habéis expulsado á los demás, vosotros no nos habéis expulsado»? El hombre espiritual no ve en su pureza un bien que le sea propio; él es para sí mismo un medio de purificar á los dos hombres, y todos, porque es puro, ganan con su pureza, pues para los hombres que no son espirituales, la pureza personal viene á ser una fuerza disolvente. De ellos es de quien se ha dicho: «Los recaudadores y los pecadores entran antes que ellos en el reino de los cielos.» En virtud de la justicia de la Gran Ley, el que excluye á su hermano se excluye á sí mismo hasta el día en que la no separación sea desconocida.

Hay en la S. T. , como en el mundo exterior, una tendencia á restringir el sentido de la palabra «moralidad», hasta el punto de que sirva para designar exclusivamente la virtud sexual. Decir que un hombre es inmoral, equivale á decir que sus costumbres son disolutas. La moralidad parece que no tiene nada que ver con la mendicidad, la calumnia y el falso testimonio, con la imputación de malas acciones y la persecución. Todos esos crímenes se cometen como inocentemente por muchas personas que se consideran morales. Pero éstos son pecados mortales cometidos contra la ley del amor, y que retrasan más el advenimiento de la fraternidad universal que las faltas cometidas por los recaudadores y pecadores de nuestro tiempo. Sobre estos problemas, los Iniciados han estado siempre en desacuerdo con el siglo, porque el pecado mental es el

que trae las peores consecuencias. Las convenciones morales de los tiempos siempre han sido observadas rígidamente por los fariseos, y éstos no han merecido con frecuencia sino el severo dictado de sepulcros blanqueados, llenos de toda impureza que les dieron los Iniciados. No es menos cierto que hoy, como en los tiempos del Cristo, los hombres pagan sus impuestos, pero se olvidan de los deberes impuestos por la ley: la justicia, la compasión, la verdad.

Nuestro Presidente-Fundador hubo de aprender que no debía juzgar los problemas de moral como los juzga el mundo. El año anterior á la convención os decía en qué términos fue reprendido por su instructor, por haber desconocido los méritos espirituales de un hombre intemperante. No es que la embriaguez sea moral; pero esa falta física aislada puede pesar menos en la balanza que otros méritos de orden hiperfísico.

Yo contaré un caso más instructivo todavía: el de un hombre que en su sincero deseo de ayudar á sus semejantes, cometió un error de método y sufrió aquí, en los Estados Unidos, un año de prisión en virtud de la ley Cowstock. Los más antiguos de vosotros recuerdan el caso de Mr. D. M. Bennet: después de haber sufrido su pena, fué á la India, donde H. P. B. le defendió enérgicamente, con gran escándalo de algunos; miembros europeos. El Presidente-Fundador tomó parte por haber dudado en admitir á Mr. Bennet en la Sociedad, por temor de que la S. T. sufriese con ello. El Maestro M. dijo á los fariseos que buscasen en la ostra informe la perla sin precio, declarando que Mr. Bennet era un hombre de un inmenso valor moral, y que los Maestros estaban satisfechos de tener por colaboradores hombres semejantes, hombres «como nuestro K. H. los quiere».

Todos los que han conocido personalmente á H. P. B. , para los que fué una mujer viva y no una figura ideal, obra de su imaginación, sin semejanza con el original, saben con qué profundo menosprecio consideraba las convenciones -que sirven de regla de conducta á los espíritus débiles, y con qué amplitud y tolerancia juzgaba los hombres y las cosas, desgarrando la tela, de araña de las palabras para ir recta al corazón y descubrir el móvil esencial. Pasaba por muchas faltas morales cuando veía un alma llena del deseo de servir. Yo quisiera pedir esa amplia y noble tolerancia al espíritu de Iniciado que ha de reinar en nuestras deliberaciones.

Si estableciéramos un reglamento exigiendo la expulsión de las personas señaladas, caeríamos bajo el nivel de todas las grandes religiones constituídas, y más bajo aún que las simples Sociedades científicas, filosóficas y literarias, que no desdeñan en proclamar que desaprueban el crimen (afirmación innecesaria entre las gentes de honor), ó que juzgan su virtud tan frágil que creen necesario castigar con la expulsión oficial toda falta grave cometida en sus filas, por miedo á que el mundo sospeche que aprueban la inmoralidad, ó que son cómplices de ella.

Fuera de estas cuestiones de principio, se presenta una cuestión de orden. ¿Quién propondrá el código, ese código cuya sanción será la expulsión? Personalmente soy opuesta á la institución de un código penal, tanto desde el punto de vista práctico, como desde el punto de vista de los principios. En mi artículo del mes de Enero último sobre *La base de la Sociedad Teosófica*, escrito cuando fuí advertida de mi próximo nombramiento presidencial, á fin de permitir á la Sociedad votar en mi elección, perfectamente ilustrada sobre la manera que yo consideraba la cuestión, mostré cuán difícil es formar un código penal. En muchos artículos escritos por mis adversarios, en contestación al mío, ni uno trata de formular un código práctico. Hasta aquí, la única proposición ha sido que siguiera la expulsión á toda infracción á las leyes del país habitado por el miembro culpable. Un sistema tal, á pesar de arrastrar á consecuencias

absurdas, sería fácil y sencillo, aseguraría á todos un juicio imparcial; nadie podría ser expulsado sin pruebas legales y sin todas las garantías reconocidas como necesarias, después de la experiencia de los siglos, para poner al acusado al abrigo de la injusticia y de la parcialidad.

Tales disposiciones nos ligarían definitivamente á un código moral de los más elementales, y ese código, formando parte de nuestra constitución, se miraría como el de la S. T. Además, se presenta otra dificultad. Formuláis un código, y por tal hecho afirmáis implícitamente que otras faltas, á pesar del peligro que pueden presentar para la vida de la Sociedad, no son suficientemente graves para merecer la expulsión. Sería eso degradar nuestro sublime ideal y reemplazarle por una ley representante de la triste opinión media de la moral contemporánea. En vez de poder considerar como sobreentendida la incompatibilidad entre el desarreglo y la fraternidad, nos arriesgamos cuando decimos: «Esa manera de obrar es indigna de un teósofo» , á atraernos esta respuesta: «Eso no está prohibido en nuestra Sociedad.»

Un robo cometido por un miembro de la Sociedad, provocando inmediatamente la reprobación general, sería para nuestra vida común un veneno menos dañino que el odio, la amargura, la intransigencia, que escapan á todo código moral y se propagan como un contagio fatal. Los miembros que se hiciesen culpables respecto de la fraternidad de esos pecados mortales permanecerían en la Sociedad, mientras que los criminales más ordinarios, que no pueden encontrar imitadores, serían triunfalmente expulsados.

En presencia de las dificultades múltiples presentadas para la redacción de un código penal, ¿no es natural pedir á los que desean su adopción que digan claramente lo que quieren y no infringir la pesada tarea de definir el grado de culpabilidad que apareja la expulsión para los que son parte de ese núcleo de la Fraternidad universal? Un momento de gran agitación no es, por otra parte, el mejor para decidir un problema que levanta tantas controversias.

De todos modos sería prudente posponer la polémica actual hasta que la calma se restablezca y las divergencias de opinión se expresen con menos encono. Toda rama, si lo desea, puede borrar de la lista de sus miembros á la persona que juzgue nociva, y si encuentra ventaja en esa manera de proceder, puede recomendar su adopción á la sección ó á la Sociedad en general. Tendríamos así la ventaja de ver las disposiciones penales formuladas y aplicadas por sus partidarios.

En lo que me concierne, como Presidente de la S. T., afirmo de nuevo los principios expuestos por mí antes de mi elección, y me opondré invariablemente á toda tentativa de imponer á la Sociedad un código penal. Creo que es menester colocar muy alto nuestro ideal moral, y que debemos con todas nuestras fuerzas tratar de conseguirlo. Yo hago un llamamiento al principio divino que hay en cada hombre, y no al mezquino señor de las leyes coercitivas.

Los Estados Unidos de América son un magnífico campo de acción. En esta inmensa República tenéis 70 millones de seres humanos. Tenéis una luz que comunicar, una nutrición intelectual que transmitirles, esperanzas que les den valor y fuerzas que les eleven. Alrededor de vosotros, millones de hombres sucumben privados de sabiduría. ¿Rehusaréis darles el pan de vida, querellando entre vosotros sobre si debéis aceptarlos como miembros de vuestra Sociedad?

Despertad, arrojad la pesadilla que os agita, abrid los ojos á la realidad y cesad de batallar contra las sombras. En vez de luchar entre vosotros, luchad contra la ignorancia armados de saber; contra la impureza armados de castidad, y contra las tinieblas provistos de luz. Salvad á los desgraciados mostrándoles la causa de sus infortunios; consolad á los afligidos desgarrando el velo que oculta los mundos donde están los bien

aventurados; fortificad á los débiles mostrándoles la fuerza divina que trabaja en ellos, y calmad á los revoltosos enseñándoles que son los autores de sus propias penas.

Una vaga vida espiritual va á suscitarse en vuestro país.

Tended una mirada sobre el mundo: en todas partes nacen ideas, esperanzas, empresas nuevas. Son la promesa de nueva forma de vida. En el umbral suenan los pasos de la civilización que se aproxima, una civilización que se basará en la fraternidad. La S. T. es el heraldo que anuncia su advenimiento y el mensajero que trae la buena nueva de su llegada. Ponéos á la altura de vuestra gran vocación, del soberbio papel que os está confiado. Cesad en vuestras querellas infantiles y ponéos al trabajo, como hombres y mujeres y jóvenes que reconocen con plena conciencia que han nacido del Verbo, nuestra alma común, y que sois colaboradores cariñosos y enérgicos de los Hermanos Mayores de nuestra Raza.

Notas

(1) Blavacki es la forma rusa del apellido de la ilustre cofundadora de nuestra Sociedad. En castellano deberíamos transcribir este nombre para pronunciarlo como debe pronunciarse y se pronuncia en ruso: Vlabaski ó Vlaboski, pues la "b" rusa es nuestra "v" y viceversa, la "c" es la "s" y la "a" es "o" en muchos casos. El apellido, sin embargo, se consigna en todo el mundo escribiendo Blavatsky que es la transcripción inglesa aceptada por todos. (N. del T.)
(2) Dolgoruki, forma latina.
(3) Report of the Result an Investigation into the charges against madame Blavatsky, págs. 95-96.
(4) Paréceme inútil llenar estas páginas con citas de libros que actualmente están en circulación y que puede consultar quien desee conocer los hechos.
(5) Report of the Result…, pág. 131-132.
(6) Como he dicho ya, me abstengo de citar testimonios que se hallan en todos los libros en circulación. El investigador serio puede ver El Mundo Oculto, lleno de preciosos documentos.
(7) Hints on Esoteric Philosophy, págs. 72, 73.
(8) Hints on Esoteric Philosophy, págs. 74-76.
(9) Ibid.
(10) Hints on Esoteric Philosophy, pág. 105.
(11) Report of Result… , págs. 76, 77.
(12) Report of Result…, pág. 74-75.
(13) Report of Result…págs. 82, 84.
(14) Ibid, págs. 73, 80.
(15) Ibid, pág. 74.
(16) Report of Result… págs. 85-86.
(17) Ibid, pág. 89.
(18) Interrumpió su conversación con Mad, Blavatsky para ir a buscar las pinzas.
(19) Reports of observations made during á nine months stay at the Headquarters of the T.S., Franz Hartmann, doctor en medicina, pág. 29-30,
(20) Report of the Result… págs. 61-62, Las preguntas y respuestas han sido publicadas en The Theosophist, Julio 1907. Yo las he copiado del documento original.
(21) Ibid, págs. 60-61.
(22) Ibid, págs. 77-79.
(23) Report of the Result, págs. 103, 116.
(24) Mad. Morgan, esposa del General Morgan, declara: «Puedo asegurar que durante mi estancia en Adyar, en Diciembre de 1883, Mad. Blavatsky nos llevó á M.C. y á mí para enseñarnos el interior del tabernáculo y el muro edificado tras él, donde antes hubo una puerta; se podía examinar libremente y estaba apestillado y cerrado con llave; sin embargo, lo hizo trabajar con albañiles, pensando que eso evitaría toda suposición. El muro ofrecía entonces una hermosa superficie blanca pulimentada. Poco tiempo después le vi tapizar, observando yo la operación.» (Report of the result, págs. 99 y 100).
(25) Report of the result, pág. 102.
(26) Report of the result, págs. 63 y 64.
(27) Idem, pág. 99.
(28) Idem, id.
(29) Report of the result, págs. 97-98.
(30) Idem, págs. 102 y 103.

(31) Reply to a Report du Examination by J. D. E. Gribble, por H. R. Morgan, mayor general, págs. 14 á 17.
(32) Report of the result, pág. 59.
(33) Report of the result, págs. 63 y 64,
(34) idem, págs. 68 y 69.
(35) Report of the observations, pág. 25.
(36) Report of the observations, pág. 31..
(37) Idem, pág. 32.
(38) Report of the result, págs. 136 y 134.
(39) Reply to a report, págs. 3 y 5. .
(40) Report of observations, pág. 33.
(41) Report of observations, pág. 33.
(42) Idem, pág. 57, nota.
(43) Carta de T. V. Charlu. El relato del Juez Srinivasa Rao se ha dado ya.
(44) The latest attack on the T. S. , págs. 17 y 18.
(45) Report of the observations págs. 35 y 36.
(46) Report of the observations, págs. 35 y 36.
(47) Reply lo á report, pág. 16.
(48) Ninth Report of the T. S., pág. 12.
(49) The occult World Phenomena, por A. P. SINNETT, pág. 2-4.
(50) The Occult World Phenomena, por A. P. SINNETT, pág. 47.
(51) «Lo que se llamaba el tabernáculo era un armario, sencillamente colgado en uno de los tabiques del cuarto de Mad. Blavatsky. Tuve ocasión de examinarle en este momento (el día de su llegada) y después con más detenimiento, encontrándole igual á todos los armarios corrientes, con sus departamentos, con fondo sólido y fijo y colgado de una pared sólida al parecer y cubierta de yeso. Sin embargo, como hubo antes una puerta en esa pared, según me dijo Mad. Blavatsky, se hizo tapiar, y como un muro sólido, sin soporte suficiente por debajo, hubiera pesado tanto que las vigas sobre que descansaba habrían cedido, el interior no se rellenó de ladrillos y se le dejó hueco dejando un espacio de doce pulgadas aproximadamente» (Report of observations, pág. 12)
(52) ¡Esta idea del agente de los buenos misioneros se recomienda por sí misma a los hindos que tienen la costumbre de hacerse pasar los alimentos en sus cámaras pûdja!
(53) Probablemente el que estaba colocarlo al respaldo del tabernáculo.
(54) Report of the Result, pág. 103.
(55) Leaves from a Life, pág, 263.
(56) The Occult World Phenomena, págs. 7, 8 y 12
(57) The Occult World Phenomena, págs. 7, 8 y 12.
(58) Ibid.

